



el gemido del viento

keith luger





KEITH LUGER

EL GEMIDO DEL VIENTO

Col. ARCHIVO SECRETO n.º 26
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 20399 – 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en Gráficas Pasaje - Santa Rosalía, 3
Barcelona, 1964

N. R. 4050/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

870. — Las llamas del infierno.

En Colección SERVICIO SECRETO:

693. — «Twist» para el asesino.

En Colección BÚFALO:

566. — Eva, mi querida asesina.

En Colección CALIFORNIA:

406. — Corazón de piedra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

439. — Plomo de segundo plato.

En Colección COLORADO:

355. — El plomo está servido.

En Colección KANSAS:

326. — El hombre que mató a cien.

En Colección BRAVO OESTE:

142. — Cenizas de venganza.

En Colección ASES DEL OESTE:

211. — Mil caras.

En Colección PUNTO ROJO:

125. — Una cigarra canta tu muerte.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

95. — Unidos en el crimen.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

4. — No hay escape.

CAPÍTULO PRIMERO

— ¿Qué vas a hacer con la casa que has heredado, Annie? —preguntó Margot Soimaud.

—No lo sé todavía.

Françoise Gerson, una morenita de nariz respingona, intervino;

— ¿Te has cerciorado si tiene fantasmas?

Annie, pelirroja, de cara simpática, ojos verde-esmeralda, sonrió.

—Los tiempos son tan difíciles que hasta los fantasmas pidieron la jubilación.

Margot soltó una risita nerviosa.

—No habléis de fantasmas durante la comida.

Intentaba conservar la línea, pero lo lograba a duras penas. Cada vez que se ponía a régimen, sentía aumentar su apetito.

Las tres trabajaban en la «Compañía de Seguros Fideli», con oficinas cerca de la Plaza de la Estrella. Corría el mes de junio y el calor apretaba de firme en París.

Todos los días, las tres amigas se reunían en el bar de Vincent para almorzar. Tenían una hora para ello y luego regresaban a la oficina, con tiempo suficiente para detenerse ante los escaparates de las tiendas de modas.

Françoise rebañó la mayonesa con el pan y, tras engullir un trozo con delectación, dijo:

—Es una suerte heredar algo. A mí nunca se me murió nadie que me dejase el objeto más insignificante.

—No te hagas la mártir —repuso Françoise—. ¿Crees que no se sabe todo? Tienes a tu abuelo de Marsella que, cuando se muera, te va a dejar colocada... Figúrate, Annie, cuatro fábricas de harina, una bodega muy importante y tres casas.

—El abuelo Claude nos está enterrando a todos. Ya tiene setenta y ocho años, pero, como él dice, continúa firme como un roble... Si al menos tuviese un hermanastro que se muriese, como el de Annie...

La aludida estaba pensativa.

—Pobre Hugo... morir así, cayéndose con un automóvil...

— ¿Qué más da morir de una forma u otra? A todos nos llega la hora — contestó Françoise.

—Pero no me negarás que es mucho más hermoso hacerlo en la cama, tranquilamente rodeado de hijos.

—Annie no conoció a Hugo —dijo Margot mientras desviaba los ojos hacia la mesa vecina, donde un hombre muy gordo estaba dando cuenta de un festín pantagruélico.

—Claro que lo conocí.

—Oh, sí, cuando tú tenías seis años... ¿O eran cinco?

—Creo que seis.

— ¿Cómo era Hugo? —preguntó Françoise.

—Alto, rubio como un vikingo... Recuerdo que la última vez que lo vi vestía uniforme.

— ¿También llevaba el casco con los dos cuernos? —ironizó Margot.

—No seas payaso. Solo llevaba su gorra de comandante. Y te puedo asegurar que le sentaba muy bien, lo mismo que el resto del uniforme.

—Qué lástima que no se le haya ocurrido a Hugo dejarse caer por París durante los dos últimos años —repuso Françoise dando un suspiro.

—Sí, qué lástima —sonrió Margot—. Hoy serías una linda viudita, y apuesto a que bastante alegre.

—En serio, Annie —dijo Françoise—, ¿qué piensas hacer con la casa?

—Iré a pasar mis vacaciones en ella, y entonces decidiré sobre el terreno.

— ¿Dónde está, concretamente?

—En Escocia, en un pueblo llamado Stonehaven, al borde del mar. En la carta que me comunican el fallecimiento de Hugo se me anuncia que la casa necesita unas cuantas reparaciones. Pregunté que cuánto costaría, y me contestaron que una cantidad de libras equivalente a cincuenta mil francos.

Margot encanutó los labios, soltando un silbido.

—No me interesan esa clase de herencias.

—Si yo estuviese en tu lugar, me apresuraría a poner un anuncio en los diarios —hizo, una pausa—. «Se vende castillo del siglo XV. Noventa y seis habitaciones y magníficos sótanos con potro y otros tormentos para adelgazar...»

—En primer lugar, no se trata de un castillo. Solo es una casa del siglo XVIII. Según el abogado, señor Mason, fue remozada en la época victoriana.

En aquel momento, Françoise dijo:

—Eh, ahí tienes a tu Romeo.

Annie alzó los ojos y vio entrar en el local a Maurice Haas, un mozarrón moreno, rostro de facciones correctas. Traía una sonrisa en los labios. Era taxista y, al parecer, se había enamorado de Annie mientras la llevaba en su coche como cliente. Eso había ocurrido cinco días atrás. Desde entonces, Maurice no había dejado de acudir todas las mañanas a aquella hora al bar de Vincent.

— ¡Qué hombre! —dijo Margot—. Annie, si tú no lo quieres, déjalo para mí... Es lo que mi médico me recomienda para adelgazar.

— ¿Cuál de los siete, rica? —repuso Françoise con los dientes apretados.

—Por favor, chicas —habló Annie—. Me vais a sacar los colores... Un poco de comedimiento. No os lancéis sobre él hasta que esté de espaldas.

—Eso —asintió Margot—. Para mí la paletilla.

El taxista ya había llegado a la mesa y se inclinó, sonriente.

—Buenos días. ¿Se encuentran ustedes bien? ¿Las invito a un café o prefieren pasear en mi taxi durante cinco minutos? Puedo darles una vuelta a la plaza de la Estrella.

—Para eso necesitaríamos media hora, señor taxista —contestó Annie—, y no disponemos de tanto tiempo.

Maurice atrapó la silla y se sentó al lado de Annie, diciendo:

—Tiene usted mejor voz que María Callas.

—Se ve que le gusta la ópera. Ayer comparó mi voz con la de Leontina Price...

—Eso le puede dar idea de cuál es mi situación espiritual —dijo Maurice, y recorrió con la mirada el jersey lleno de la joven, al tiempo que ponía una mano sobre el brazo femenino.

—Sin tocar, anacoreta.

—¿Por qué me mira con tan malos ojos?

—No le miro de ninguna forma especial. ¿Y sabe por qué? Porque me es completamente indiferente.

—Qué decepción...

—No se pegue el tiro aquí. Estamos comiendo. Por favor, hágalo en la calle.

—Muy graciosa —se dirigió a las otras muchachas—. ¿Qué les parece? Quería invitarla al baile de nuestra asociación... Ya saben, los taxistas.

Margot se inclinó hacia adelante y guiñó un ojo.

—Quizá haya alguien deseoso de conocer su forma de bailar, señor Haas —dio un gritito porque Françoise le había atizado un puntapié por debajo de la mesa.

Enseguida, la propia Françoise, para disimular el mal efecto, dijo sonriendo:

—Annie me decía justamente esta mañana que hacía más de dos semanas que no bailaba y que lo que más deseaba era que un chico la invitase.

—¿Cuándo te dije eso? Debió ser en sueños...

—Sí, seguro... en sueños...

—Entonces, está claro —medió Maurice—. Aseguran que solo en sueños se dice la verdad. Ya entienden, el mecanismo del consciente y subconsciente.

—No se ponga melodramático, taxista. Solo vinimos a almorzar —dijo Annie.

—Si me acompaña esta noche, se ahorrará la cena.

—Qué generoso.

—Pollo con champaña.

—No, gracias.

Margot se ahuecó el cabello.

— ¿Ha dicho pollo con champaña, buen mozo? —encogió las piernas para evitar que Françoise la cazase por segunda vez.

Annie consultó el reloj.

—Muchachas, si no queréis que el lobo nos reciba con las fauces abiertas, hemos de darnos prisa. Ya nos entretuvimos un poco más de la cuenta.

Fue a apartarse de la mesa y Maurice la tomó del brazo.

— ¿Cuál es la respuesta?

—No.

— ¿Por qué es tan esquiva, duquesa?

— ¿Quiere saberlo?

—Sí, debe ser interesante.

—Desconfío de los taxistas que requiebran a sus clientes durante las horas de trabajo.

— ¿Qué tiene de malo?

—Que lo convierte en un profesional.

—Eh, muchacha, un poco más despacio, ¿cree que voy enamorando a todas las fulanas que se me meten en el taxi?

— ¿Por qué no? Y por si le sirve de algo, yo no soy una fulana.

—Era una forma de hablar, duquesa. Creí que era usted una chica agradable, pero ya veo que me equivoqué. Oh, no, usted no puede ir con un taxista al baile de su gremio... ¿Qué está esperando? ¿Un conde polaco?

—No me gusta el tono de su voz, señor Haas.

—Ni a mí el suyo.

—Por si le sirve de algo, le diré que el brazo que está apretando es el mío, y le prohíbo que se lo lleve.

—De usted no me llevaría ni una brizna de aire.

El taxista se volvió hacia las otras dos jóvenes.

—Chicas, tuve mucho gusto.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Margot cabeceó mientras decía filosóficamente:

—Otro hombre que me pierdo.

— ¿Por qué no echas a correr tras él? —ironizó Françoise—. Todavía estás a tiempo de hacerle la zancadilla y aplicarle esa llave de judo que te enseñaron en el salón de adelgazamiento de madame Glicoval.

—Tú siempre tan simpática.

—Basta de discusiones —dijo Annie—. Vámonos.

Pagó cada una su parte, como hacían siempre, y se encaminaron por la calle hacia la oficina.

Al cabo de unos instantes, el incidente había sido olvidado porque dedicaron su atención a los trapos que se exhibían en los escaparates.

Al llegar a la oficina, un ordenanza con cara granujienta anunció a Annie:

—El señor Blondel quiere hablar con usted enseguida, bombón.

El muchacho no se apartaba del camino, y Annie le ayudó de un manotazo.

Philippe Blondel era el lobo, un hombre calvo, constantemente malhumorado.

La joven pidió permiso y pasó a la oficina, en donde Blondel alzó la mirada del documento que leía.

—Señorita Bernard, ¿qué le dije cuando usted ingresó aquí?

—Me preguntó mi edad, y si tenía novio.

Las mejillas de Blondel se colorearon.

—No me refería a eso. Solo pretendía recordarle algo que dejó bien sentado cuando un empleado, viene a trabajar con nosotros —pegó una palmada sobre la mesa—. Los asuntos privados de cada cual deben resolverlos en sus horas libres.

—No le comprendo.

—Un caballero quiere verla, ha venido aquí.

—Nunca he citado en la oficina a mis amigos.

Blondel tomó una tarjeta de encima de una carpeta y leyó:

—Arthur Shell, agente de Bienes Raíces, Londres. También está la dirección de una calle.

—No conozco a ningún Shell.

—Sin embargo, él dijo que tenía que hablarle de un asunto que no admite demora. Resuelva esto cuanto antes. El trabajo le aguarda. El señor Shell está en la sala de espera.

—Sí, señor Blondel —dijo Annie, llena de rabia.

Salió, y dirigióse a la sala en cuestión.

Abrió de un golpe la puerta y entró en el saloncito.

Un hombre miraba por la ventana a la calle y se volvió al oír ruido a su espalda.

Arthur Shell frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era bajo, gordito, con ojos saltones, que defendía con gafas de alta graduación.

— ¿Señorita Bernard?

—Sí, soy yo.

El señor Shell sonrió, mientras avanzaba hacia la joven con el brazo extendido.

— ¡Cuánto celebro conocerla, mi querida señorita Bernard...!

Annie estrechó una mano que transpiraba.

—Perdone, señor Shell, pero no entiendo...

—Yo le explicaré, señorita Bernard. Es usted una joven con mucha suerte. Recibir como herencia una casa es magnífico, pero, en las presentes circunstancias, me temo que tal casa sería para usted muy costosa de mantener. Usted ha sido informada de que necesita muchas reparaciones... Y su coste es muy elevado, puedo garantizárselo... Pero aquí está su ángel salvador.

—Usted.

—Correcto, señorita. Yo, Arthur Shell, en quien más de mil clientes tienen depositada absolutamente toda su confianza... ¿Sabe que entre ellos puedo contar al conde de Wellingore, a lord Reading, a lady Garth? Y tantos y tantos que hacen incontable la lista...

—Dijo mil.

Shell se quedó míos instantes suspenso, pero, de pronto, soltó una carcajada.

—Lindo chiste, señorita Bernard, muy lindo... Me gustan las mujeres con sentido del humor porque yo también lo poseo.

La joven hinchó los pulmones de aire y dijo:

—No vendo.

—¿Cómo? ¿Qué?

—No vendo.

Arthur se mojó los labios con la lengua. Evidentemente, había sido sorprendido por Annie.

—Espere, mi querida señorita Bernard, aún no ha oído mi oferta...

—No es necesario.

—Le aseguro que es ventajosísima... Cinco mil libras esterlinas; Hermoso, ¿verdad?

Annie no respondió.

—Bueno, se lo diré en francos. Setenta y cinco mil... ¿O lo prefiere en pesetas? Novecientas mil, casi un millón.

Ahora la sorprendida era Annie. Setenta y cinco mil francos representaban una gran suma. Se había convertido en una estatua. No quería dar crédito a sus oídos, setenta y cinco mil francos, repetía su voz interior. «¿Cuántas cosas puedes comprar con ese dinero, Annie? Ahora te podrás poner los vestidos que tanto te gustan, y aquel sombrerito que te probaste el otro día, y por el que te pidieron lo que tú ganas en un mes con el «Lobo»... ¿No querías conocer Italia? Ahora tienes la oportunidad. Ver Nápoles y morir... Oh, no, morir no, ahora, no... Ahora es cuando vas a vivir tu vida... ¿Qué estás esperando para dar tu respuesta afirmativa? Date prisa antes de que se arrepienta...».

—No está conforme, ¿eh, señorita Bernard? Está bien, subo a cinco mil quinientas. Pero no espere un centavo más de mí. No, señorita Bernard.

El señor Shell se dirigió hacia una mesa y tomó su cartera.

—Cinco mil quinientas a la una... cinco mil quinientas a las dos...

—Suya es la casa.

Arthur sonrió con melosidad.

—Adiviné en usted buenas condiciones como negociante, señorita Bernard... Se lo aseguro. Ahora mismo ultimaremos la operación. Imagino que no tendrá inconveniente en aceptar un cheque.

—Siempre que me acompañe usted al Banco.

—No se fía, ¿eh? Si esto lo supiese lady Garth...

—Imagino que pasaría un mal rato, señor Shell, pero tenga en cuenta que yo no soy su cliente.

—Está bien, señorita Bernard, ahora mismo lo preparo todo.

—Lo siento, pero no puedo seguir atendiéndole aquí.

—¿Por qué no?

—Mi jefe está muy interesado por la productividad de cada uno de sus empleados...

—Comprendo, estos franceses nos han robado nuestro viejo proverbio. El tiempo es oro... Es lo malo que tienen los pueblos que se dedican a civilizar a los otros.

—Eso me recuerda que no le he preguntado cómo ha dado conmigo.

—Estuve antes en su apartamento y allí la portera me dio la dirección de este antro.

—Entonces, ya sabe el camino. ¿Le parece mañana a las ocho? Pediré permiso para entrar a las nueve. Supongo que con una hora tendremos tiempo para ir al Banco y retirar el dinero. Entonces, firmaré sus documentos. En el mismo Banco, señor Shell.

—Está bien, señorita. Llegaré a su apartamento a las ocho... Tuve mucho gusto.

—Eh, espere un momento, señor Shell.

—¿Sí, señorita Bernard?

—No me ha dicho quién es el comprador.

—Bueno, hay ciertos clientes a quienes gusta permanecer en el incógnito.

— ¿Por qué en esta ocasión ha de permanecer en el anonimato? ¿No se trata de una operación dentro de las normas legales?

—Desde luego, señorita Bernard, y el dinero que usted va a recibir será legítimo.

— ¿Quién es el comprador, señor Shell? —insistió Annie.

— ¿Me promete no divulgarlo?

—Señor Shell, vivo en Francia desde los ocho años. Mi madre era francesa y aunque conozco el idioma inglés, no he vuelto por las islas desde entonces. Quiero decir con ello que no veo la razón por la cual usted se toma tantas molestias para encubrir al comprador.

—Su nombre es Geoffrey Drake, pero no me pregunte más porque lo ignoro.

— ¿Por qué quiere adquirir la casa?

—Señorita Bernard, yo me dedico a comprar solares, hoteles, edificios...

—Y casas en ruinas, al parecer.

—Sí, y hasta castillos que costaría menos levantar de nuevo que restaurarlos. Pero la gente es caprichosa, ya lo sabe. El señor Drake, mi cliente, habrá visto su casa en alguna oportunidad, se encaprichó de ella y, bueno, la paga con su dinero... ¿No es eso lo que nos debe importar a nosotros? Buenos días, señorita Bernard...

El agente de Bienes Raíces salió de la habitación, dejando a Annie pensativa.

Finalmente, ella también abandonó la estancia.

Poco después, contaba a sus amigas Françoise y Margot la clase de visita que había recibido.

—Eres muy afortunada, hija —comentó Margot—. Setenta y cinco mil francos... Ay, si yo los pillase.

—Deja ya de hacer de mujer fatal —dijo Françoise, palmeándole en la nalga—. Ya están pasadas de moda.

La puerta de la sala donde trabajaban seis empleadas se abrió bruscamente.

— ¿Qué pasa aquí? —aulló «El Lobo»—. ¿Es que han creído que celebramos una fiesta?

Cada muchacha corrió a su sitio y se puso a trabajar.

A la salida, las tres se dirigieron al apartamento que compartían en la rue Renard.

Tenían establecido un turno para la ducha.

Aquel día le tocaba primero a Annie.

Estaba recibiendo la caricia del agua en su cuerpo juvenil, cuando oyó que golpeaban la puerta, y luego la voz de Margot:

—Eh, Annie, aquí hay alguien que te busca.

—No me digas que es el taxista.

—No se le parece en nada. Dice ser un tal Lewis Cardelec.

—No sé quién es. ¿Qué quiere?

—No lo ha dicho. Indica que solo te lo dirá a ti. Espera en el living. Es un tipo delgado, de color cadavérico. Françoise ha tratado de entablar conversación con él, pero solo contesta con gruñidos.

—Bueno, enseguida salgo.

Annie se frotó con la toalla y cubrióse con un batín. Se quitó el gorro de baño, peinóse un poco y rozó los labios con el rouge.

Margot había hecho una buena descripción de Lewis Cardelec.

— ¿Señorita Bernard? — preguntó, levantándose del sillón que ocupaba.

—Sí, ¿qué quiere?

Lewis carraspeó mirando a Françoise, que estaba sentada en el extremo de un diván, leyendo.

—El undécimo no estorbar —dijo Françoise y, cerrando el libro, salió de la habitación,

Entonces, Lewis Cardelec dijo:

—Quiero comprarle su casa de Stonehaven, la que heredó de su hermanastro Hugo Copland...

CAPÍTULO II

Annie Bernard observó con más atención a aquel hombre. Junto a su oreja derecha se iniciaba una cicatriz que le llegaba hasta el cuello; probablemente, huella de una cuchillada.

— ¿Por qué quiere adquirir la casa?

—Vivo en Un pueblo cercano y siempre me gustó esa casa.

— ¿Intentó comprársela a Hugo?

—Desde luego, pero él no quiso hablar de vender.

— ¿Por qué no?

—La única razón que alegó fue que le había tomado cariño... Imagínese, un montón de ruinas.

—Si es un montón de ruinas, ¿por qué quiere comprarla usted?

—Me vendrá bien para mi negocio.

— ¿A qué clase de negocios se dedica, señor Cardelec?

Su visitante se frotó el mentón.

—Me dedico al plástico. Tengo una fábrica. La ampliaré en la casa que le voy a comprar a usted. Naturalmente, tendré que gastar mucho dinero.

— ¿Cuál es el pueblo en que vive?

—Aberville... Bueno, señorita, tengo un poco de prisa y quisiera cerrar el trato ahora mismo.

—Espere un momento, ¿quiere? Me pilló usted en la ducha. Me vestiré y podremos seguir conversando.

No era esa la verdadera intención de Annie. Tenía un atlas en su habitación.

Al entrar, Margot y Françoise se levantaron del borde de la cama.

— ¿Quién es él? —preguntó Margot.

—Otro que quiere comprar la casa.

—No es posible.

—Sí, querida. El hombre con aspecto de cadáver también se interesa por las viejas piedras que me dejó Hugo en herencia.

— ¿Por qué?

—Eso es lo que empieza a intrigarme —contestó Annie, sacando el atlas de la estantería.

Lo abrió por el mapa de Inglaterra y deslizó el dedo por Escocia hasta detenerlo en Stonehaven. Miró los pueblos de alrededor. Ninguno de ellos se llamaba Aberville.

— ¿Qué pasa, Annie? —preguntó Margot—. No esperarías encontrar tu casa dibujada en el mapa.

—No seas tonta —dijo Annie, y a continuación contó lo que había hablado con Cardelec.

—Cielos... —exclamó Margot—. ¿Qué misterio insondable encierra la casa de Hugo Copland?

—La solución en el próximo número —contestó Françoise.

—Muy bonito, tomarlo a broma —repuso Annie—. Pero tendríais que estar en mi piel. Hace cinco días, Hugo murió en un accidente de automóvil. Recibo la carta anteayer anunciándome la fatal noticia y su última voluntad y, justamente hoy, empiezan a llegar los compradores.

—Todo podría ser una simple coincidencia, ¿no te parece? —dijo Françoise.

—Ni tú misma crees en eso.

— ¿Qué vas a hacer? Ya te comprometiste con Arthur Shell.

—Pero todavía no he vendido a nadie, y creo que valdría la pena renunciar a la venta, por ahora.

— ¿Y perder setenta y cinco mil francos? —intervino Margot—. ¿Es que te has vuelto loca? ¿Has oído, Françoise?

—Deja que sea ella quien decida. La casa es suya.

—Pero una buena amiga siempre debe dar buenos consejos. Yo voto por los setenta y cinco mil francos.

Annie denegó con la cabeza.

—No, no venderé, al menos de momento.

— ¿Hasta cuándo?

—Hasta que vea con mis propios, ojos la casa de Stonehaven.

Echó a andar con decisión hacia la puerta, mientras Margot emitía un gemido a su espalda...

Salió otra vez al living.

Cardelec la recibió con una sonrisa,

—Parece que no tuvo tiempo para cambiarse...

—Me entró sueño y ya no pienso salir.

—Estupendo, señorita Bernard. Le traigo el contrato para que lo firme.

—Todavía no hemos hablado de precio —sentía curiosidad por saber cuánto iba a pagar por su casa.

—Oh, sí, cinco mil francos.

—Imagino que está bromeando, señor Cardelec.

Su visitante enarcó las cejas.

—Creo que es un buen precio, tratándose de una casa inhabitable.

—Es lo que usted dice, señor Cardelec. Mis informes son otros, y creo que un poco más exactos. La casa se encuentra en buenas condiciones. Solo se hundió uno de los sótanos.

Cardelec sacó un pañuelo del bolsillo que se pasó por la frente, pero debía ser un gesto instintivo porque aquel hombre no sudaba lo más mínimo. Su piel estaba reseca, como la de los lagartos.

— ¿Cuánto quiere, señorita Bernard?

—Nada.

— ¿Cómo?

—No vendo.

—Señorita Bernard, usted vive en una ciudad magnífica... ¿Para qué le hace falta una casa en Stonehaven?

—Me servirá para pasar mis vacaciones.

— ¿Sus vacaciones? No me haga reír. ¿Ha estado alguna vez en Stonehaven?

—No.

—Se encuentra al borde del mar, y le aseguró que el paisaje no tiene nada de poético. Casi siempre el océano está por allí encrespado, las olas baten la costa cerca de su casa, la tierra es mala. Allí no crecen las flores ni los árboles bonitos. Solo musgo y plantas llenas de hojas carnosas que revientan cuando son pisadas... No, señorita Bernard, haría usted mal en quedarse con esa casa.

—Sin embargo, me quedaré con ella.

—Está bien, señorita Bernard. Le he hecho una oferta, cinco mil francos; diga su precio.

—No es necesario.

—Pídalo, sin embargo.

—Cien mil francos.

Cardelec entornó los ojos, mirando fijamente el bonito rostro de su interlocutora.

—Ahora es usted la que bromea.

—No, se lo aseguro, señor Cardelec. No bromeo.

—Su casa no vale los cien mil francos.

—Me han ofrecido setenta y cinco mil.

— ¿Quién?

—No puedo decírselo, señor Cardelec.

— ¿Qué hay de malo en ello?

—El comprador decidió permanecer en el incógnito.

Cardelec se pasó otra vez el pañuelo por la frente.

—Lo está haciendo difícil, señorita Bernard.

—Quiero que se quede tranquilo. No venderé a usted ni al otro comprador. He decidido ir primero a Stonehaven. Veré la casa y entonces sabré exactamente por lo que puedo vender. Gracias, de todas formas por su

interés. Si me deja su dirección, le escribiré una vez haya hecho mi viaje a Inglaterra.

Cardelec retrocedió dos pasos y se sentó en un sillón.

—Perdone, señor Cardelec, pero ya le dije antes que tengo sueño, y estoy segura de que usted tendrá mucho que hacer.

—No tengo nada que hacer, excepto comprar su casa. Es por lo que he viajado hasta París, señorita Bernard.

—Pero ya le he dicho que no vendo.

—Tiene que vender y me venderá a mí.

Annie parpadeó, perpleja.

—Lo dice como una exigencia.

Cardelec meneó la cabeza de arriba abajo.

—Es una exigencia.

—Eh, ¿quién se ha creído que es?

—El hombre que le va a comprar a usted la casa Solo eso, señorita Bernard.

El tono de Cardelec había cambiado mucho. Su voz sonaba ronca, amenazadora.

—Saldrá de aquí y lo hará ahora mismo —repuso Annie con energía.

—Un poco de calma, preciosa. Quiero que tenga un buen recuerdo de mí, por eso le voy a dar el precio que usted ha sugerido... Sí, señorita Bernard, le pagaré setenta y cinco mil francos por su casa.

Annie quedó un rato en silencio.

—¿Sorprendida, señorita Bernard? Ya ve que me he puesto en razón.

—¿Por qué ha saltado de los cinco mil a los setenta y cinco mil francos?

—Está claro. Usted me ha dicho que el otro daba una cantidad mayor, y yo he querido mostrarme razonable. Espero que sepa agradecerlo —sacó un papel del bolsillo—. Le diré dónde tiene que firmar.

—No voy a firmar, señor Cardelec.

Este alzó los ojos que a Annie hicieron recordar más que nunca los de un reptil.

—No se busque complicaciones, señorita Bernard.

—Si no se marcha ahora mismo, llamaré a la policía.

Cardelec desvió los ojos hacia la mesa ratona donde descansaba el teléfono.

—No, no hará tal cosa, señorita.

Annie echó a andar hacia la mesa.

—No dé un paso más —dijo Cardelec.

Annie se detuvo porque comprendió que, si alargaba la mano para atrapar el teléfono, Cardelec saltaría sobre ella para impedirle marcar el número de la policía.

En aquel momento se abrió una puerta, y Françoise y Margot aparecieron en el hueco.

— ¿Tienes dificultades, querida? —preguntó Françoise.

Margot señaló al hombre con el dedo y dijo, enfática:

—Se marcha por las buenas o nosotras tres nos encargaremos de arrojarlo por la escalera.

— ¿Ustedes tres?

—Bueno, y un vecino que levanta pesas... No vaya a creer, quedó cuarto en el campeonato que se celebró la semana pasada en la sala Wagan.

—Bueno, en ese caso, las cosas cambian mucho.

—Tendrá que darse prisa en marcharse —repuso Margot, y se acercó a la pared—. Tenemos una señal convenida, tres golpes y viene.

—No hace falta que lo llame, ya me voy.

Cardelec echó a andar hacia la puerta.

—Hasta la vista —dijo.

Abrió y dio unos pasos fuera, pero enseguida volvió a entrar en el apartamento.

Otro hombre entró con él, un tipo que debía medir casi dos metros, con aspecto de orangután.

Cardelec cerró la puerta y dijo:

—Ande, nena, ya puede dar los tres golpes.

Margot había levantado el puño para golpear supuestamente en la pared.

—Eh, oiga, le aseguro que mi vecino molera a su hombre de la edad de piedra.

—Será un buen espectáculo. —Cardelec señaló al sujeto que había hecho entrar en la estancia—. Quedó primero en el levantamiento de pesas de la sala Wagan.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Margot—. El mundo es un pañuelo...

Annie respiró profundamente.

—Señor Cardelec, ¿qué es lo que pretende?

—Comprar su casa... Vamos, firme enseguida y todo se deslizará como una seda.

—No lo haré,

—Sentiría mucho tener que recurrir a la fuerza. Es usted una chica tan mona...

Françoise ladeó la cabeza.

—Eh, usted, matasiete, atrape su gorila, métalo en una jaula y, de paso, enciérrese con él.

—Con que esas tenemos, ¿eh, nenas? Muy bien. Ustedes se lo han buscado. En marcha, Paul...

El orangután emitió extraños gruñidos y se puso en marcha.

Annie atrapó un jarrón lleno de flores artificiales y lo arrojó sobre la cabeza del energúmeno.

Lo hizo con una gran puntería. El jarrón se hizo pedazos en la enorme cabezota.

Paul se tambaleó.

—Maldita sea —exclamó Cardelec—. Yo me dedicaré a una de ellas, a la más pequeña —se refería a Margot—. Tú podrás con las otras dos.

Margot atrapó una silla y, cuando Cardelec se le echaba encima, la dejó caer con todas sus fuerzas.

Lewis se derrumbó, lanzando un aullido.

—Cada una por un lado —dijo Annie, cuando el gorila se puso otra vez en movimiento.

Pero Paul atrapó a Françoise por un brazo y dio un tirón de ella, lanzándola contra la pared.

Al hacer ese movimiento dejó al descubierto su flanco derecho y Annie se lanzó de cabeza contra él.

La joven soltó un grito porque tuvo la impresión de que había tropezado contra un muro de cemento. Sin embargo, al caer al suelo oyó un estruendo. El gorila también se había derrumbado.

Françoise tomó una estatuilla de terracota, una Venus saliendo de la concha, y la convirtió en polvo al estrellarla en la cabeza del orangután.

Cardelec se levantó boqueando y corrió hacia la puerta.

—Vámonos, Paul.

El gorila se levantó, mirando a un lado y otro, aturdido.

Annie atrapó un cenicero de bronce y lo arrojó con todas sus fuerzas sobre Cardelec. Este se agachó a tiempo y el cenicero estrellóse contra la pared, haciendo un desconchado. Luego, Lewis abrió la puerta y escapó por el hueco, seguido por el bamboleante Paul.

Margot cerró la puerta y dijo con voz entrecortada:

— ¡La policía! —corrió hacia el teléfono.

—No hagas esa llamada —ordenó Annie.

Margot ya había descolgado y miró a su amiga con sorpresa.

— ¿Por qué no?

—Tendríamos que contárselo todo.

—Se lo contaremos.

—Eso sería mucho peor.

— ¿Por qué peor?

— ¿Es que no os dais cuenta? Hay dos personas que están muy interesadas en comprar mi casa. ¿Por qué?

—Porque encierra un secreto —dijo Margot.

—Bravo por Margot, te apuntas un tanto.

—Creo que te entiendo, Annie —habló Françoise—. Puede haber otras personas interesadas en la casa y, al dar publicidad a este incidente, tendríamos otros visitantes parecidos a los que acaban de salir.

—Sí, Françoise... Insisto en que he de ir a Stonehaven para ver la casa, antes de decidirme a venderla.

Françoise se dejó caer en el diván y sacó un cigarrillo, que encendió con la llama de su encendedor de gas.

—Oh, no —intervino Margot—. Tú estás mal de la cabeza, Annie... ¿Es que no lo acabas de ver? Esos hombres eran dos truhanes. ¿Por qué crees que se dieron por vencidos y salieron corriendo?

—Por el escándalo que armamos. Hubiesen acudido los vecinos, y alguno de ellos habría llamado a la policía. Creyeron que nos iban a acobardar y, al hacerles frente tuvieron que emprender la huida.

—Pero eso no quiere decir que hayan abandonado.

—Ya sé que no.

— ¿Y qué podemos hacer nosotras contra esa clase de tipos?

Annie se tocó la cabeza, donde se le había formado un chichón.

—El gorila tenía una pistola bajo la axila. Fue con lo que me golpeé...

—Y apuesto a que estaba lleno de cuchillos —dijo Margot.

—Ya llegamos a la primera conclusión —dijo Françoise—. No te puedes enfrentar sola a esos hombres.

—Trataré de burlarlos.

—Pero, ¿lo lograrás? Yo creo que no. Si no te cazan aquí, lo harán en Stonehaven, en Inglaterra... No, querida. No puedes ir sola. Te acompañaremos.

— ¿Crees que «El Lobo» nos va a dar vacaciones a las tres al mismo tiempo?

—Lo intentaremos.

—Eh —dijo Margot—. ¿Es que nadie me va a preguntar si tengo ganas o no de hacer turismo?

—Querida —le contestó Françoise—. Te he oído decir muchas veces que de gustaría conocer Inglaterra. Ahora vas a tener la oportunidad.

—Pero nunca me referí a que me gustase conocer los bajos fondos en que se desenvuelven esos tipos estirados. Ya me veo flotando en el Támesis y en muy mal estado.

—Margot tiene razón —dijo Annie—. No podemos ir solas.

—Muy bien —asintió Françoise—. Yo tengo a mi prima, ya la conocéis, y ella tiene unas cuantas amigas. Podemos organizar un banderín de enganche.

—No son mujeres lo que necesitamos —rectificó Annie.

Françoise y Margot se miraron. La última, dijo, dando una palmada con las manos:

— ¡Un hombre!... Te refieres a ese ser maravilloso de la creación.

—Ha de ser fuerte —dijo Annie.

—Y audaz —agregó Françoise.

—Y guapo —terminó Margot.

—Bueno, pensemos en quién —dijo Annie.

Las tres se pusieron a pasear.

— ¡Ya lo tengo! —exclamó Margot, chascando los dedos.

— ¿Quién? —preguntaron Françoise y Annie a un tiempo.

—Alain Delon.

Françoise levantó las manos con los dedos arqueados.

— ¿La estrangulo ahora, Annie?

—Déjalo para cuando lleguemos a Londres, y verá cumplido su deseo de flotar sobre el Támesis.

—Chicas —se disculpó Margot—. Yo solo quería ayudaros.

Continuaron pensando y otra vez Margot exclamó:

—Cielos, ¿cómo no lo he pensado antes?... En cuanto lleguemos a Londres, nos vamos a Scotland Yard. Hay tipos muy interesantes entre estos policías —ella misma se dio cuenta de que había dicho la palabra mágica—. Bueno, ya veo que no os entusiasma la idea...

—Has tenido tanto éxito como con Alain Delon —dijo Françoise.

Continuaron sus idas y venidas.

Annie se detuvo parpadeando.

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué no, qué? —repuso Françoise.

—Creo que reúne las condiciones necesarias —continuó hablando Annie, como si no hubiese sido interrumpida—. Alto, fuerte y creo que también es audaz.

— ¿Se puede saber de quién estás hablando? —preguntó Margot.

—Del taxista.

— ¡Es la idea más grande que has tenido en tu vida! ¡Ya veo al taxista corriendo a ciento veinte kilómetros por hora y nosotras con él! ¡Somos perseguidos por esos *gangsters* miserables! ¡Chirridos de neumáticos!... ¡Los cristales del parabrisas saltan hechos añicos!...

Françoise le cubrió la boca con la mano.

—Señores radioyentes, conecten mañana con esta misma emisora y sabrán lo que ocurrió a los pobres fugitivos.

—Maurice Haas —dijo Annie—. Ese es nuestro hombre.

—Pero, ¿crees que aceptará acompañarnos, si le dices de qué se trata?

— ¿Por qué he de decírselo? Él es taxista. Podemos contratar sus servicios. Naturalmente, haremos que deje su coche aquí y alquilaremos uno en Londres. De lo que se trata ahora es de saber Cuánto dinero tenemos ahorrado.

Las muchachas se reunieron alrededor de la mesa y Annie dijo:

—Yo tengo ochocientos setenta y cinco francos.

—Mil trescientos cincuenta —dijo Françoise.

Margot levantó la mano y murmuró con voz débil:

—Seiscientos cincuenta.

Sus dos compañeras la miraron con reconvención y Margot rectificó:

—Novecientos veinticinco.

—Tenemos bastante —dijo Annie, y tomó la guía de teléfonos—. Ahora lo que interesa es saber dónde organizan su baile esos taxistas.

CAPÍTULO III

Maurice Haas alargó el vaso de ponche a la llamativa rubia que le había presentado un compañero.

—Aquí tienes, nena, pero tómallo con calma, tiene mucho alcohol.

—Entonces, ponme ración doble.

—Te puedes marear.

—Ya empecé a marearme hace un rato, cuando nos presentaron.

Maurice tragó saliva, la rubia no era remilgada. Pasaría una buena velada con ella, aunque desde luego habría sido mejor si Annie hubiese aceptado su invitación. ¡Al diablo con Annie! ¿Por qué seguía pensando en ella? Era una condenada orgullosa. Eso es lo que era. Le parecía poco aceptar la invitación de un taxista.

¿Y qué tenía Annie que no tuviese la rubia Colette?

Bueno, a su compañera de turno no le faltaba nada, e incluso podría asegurar, sin temor a equivocarse, que había acaparado mucho y bueno.

— ¿Bailamos, Maurice?

—Enseguida, nena.

Abarcó por la cintura a la rubia, pero ella le rectificó... para que la enlazase con más fuerza.

Se pusieron a bailar.

La rubia le susurró al oído:

—Maurice, ¿qué haremos después?

—Iremos a dar un paseo por ahí.

—No me gusta andar.

—Te llevaré a casa, entonces.

—Estupendo. Y me subirás en tus brazos hasta el séptimo piso.

— ¿Un séptimo piso?

—Solo tiene noventa y cuatro escalones. Estoy segura de que los ascenderás sin darte cuenta.

Maurice se vio cargado con la rubia por espacio de noventa y cuatro escalones.

—Una vez arriba, recibirás el premio —dijo Colette.

— ¿Crees que tendré fuerzas para recogerlo?

—Pero si tú eres un hércules —declaró mimosa.

En aquel momento Maurice miró hacia la puerta y quedó inmóvil.

En el salón donde se celebraba la fiesta acababan de entrar tres personas que él conocía. Annie y sus dos amigas.

—Eh, ¿qué te pasa, Maurice? —inquirió Colette.

—Perdona, chica, pero acabo de ver a una amiga.

— ¿Cuál de ellas?

—La pelirroja.

—Bah, no tiene nada del otro mundo.

Annie también había visto a Maurice y le hizo un saludo con la cabeza, sonriendo. Margot agitó la mano, y Françoise le obsequió con otra sonrisa.

—Caramba, ¿estás seguro de que solo es la pelirroja la que se interesa por ti, querido?

— ¿Me disculpas un momento, nena? —Maurice palmeó a un hombre que pasaba con un vaso en la mano—. Eh, Pierre, encárgate de ella por un momento.

Antes de que la rubia pudiese protestar, Pierre la atrapó y se la llevó bailando por el salón.

Maurice acudió al lado de las tres amigas.

— ¿Con cuál de ustedes quedé citado?

—Con las tres —respondió Margot— y por si le interesa, yo soy la que mejor baila, amigo. Cómo se me da el «twist»... —hizo unos movimientos doblando las piernas.

Françoise tomó a Margot del brazo.

—Eh, allí veo a dos muchachos que nos están invitando con los ojos.

—Nunca he entendido el lenguaje de los ojos —contestó Margot.

—Yo te enseñaré, querida —dijo Françoise, y empujó a su compañera para llevarla consigo.

Annie quedó a solas con Maurice.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión? —preguntó él.

—Tuve interés de pronto.

—¿Por el baile o por mí?

—Por usted, naturalmente.

—Vaya, duquesa, me ha dejado frío...

—Comprendo que debe ser eso peligroso para usted. Hace unos minutos debía estar aproximadamente con ochenta grados,

—Ah, lo dice por la rubia... Solo es una chica que conocí hace un rato.

—Pues se compenetraba muy bien con ella.

—Colette siente muy hondo el baile.

—Debe ser un sacrificio para usted permanecer tanto tiempo alejada de ella.

—No se preocupe, soy un hombre acostumbrado a hacer todo lo que puede por los demás. Recuerde mi profesión.

—Haga algo por mí.

—¿Qué cosa? —preguntó él, mirándola a los rojos labios.

—Baile conmigo.

—¿Solo eso?

—Solo eso —asintió Annie y abanicó las pestañas.

Él la abarcó por la cintura y se pusieron a bailar un ritmo lento.

Maurice inspiró el perfume que emanaba del cabello femenino.

—Me estaba preguntando con qué hombre estarías —la tuteó.

—Tuve que dar calabazas a dos... un banquero y un gran duque.

—¿Polaco?

—No. Ruso blanco.

Maurice rozó con sus labios la mejilla de ella.

—Me gustan tus mentiras, Annie.

—¿Cómo sabes que lo son?

—Yo sé mucho de mujeres.

—¿Quién te enseñó?

—Ellas.

—Resultas deprimente. Si lo aprendiste todo, nada queda que yo te pueda, enseñar.

—Pero puedo repasar las lecciones contigo. Por ejemplo, empecemos por la primera.

Intentó besarla en la boca, pero ella retiró la cabeza.

—Esa no es la primera, Maurice.

—¿Cuál, entonces?

—Me has de explicar tus recuerdos de niño.

—A los catorce años entré a trabajar en una mantequería, de la que era dueña una viuda.

—Dije niño.

—A los nueve años trabajaba como lavaplatos en un restaurante. Un día, la dueña...

—¿Qué hacías a los dos...? Oh, no, no lo cuentes, deja en paz a la nodriza. La atmósfera está muy cargada.

—Ven conmigo.

En el camino hacia el jardín, se vieron interrumpidos por la rubia Colette.

—Eh, Maurice, ¿qué clase de plantón me has dado?

Maurice se apretó el puente de la nariz.

—Nena, no te di plantón, porque no quedé comprometido a nada.

—¿Crees que está bonito dejarme por esta víbora de ojos verdes?

Annie apretó los labios.

—Querida, la única que sabe enroscarse eres tú.

—Miren a la contestona... Te voy a poner la nariz en el cogote.

Maurice se interpuso entre las dos jóvenes.

—Eh, muchachas, aquí no está admitida la lucha entre mujeres.

La rubia le soltó un puntapié en la espinilla.

—Esto para que te acuerdes de mí —dijo, y se alejó muy aprisa, dejando a Maurice bailando a la pata coja.

Annie se cubría la boca con la mano, riendo.

— ¿Lo encuentras muy divertido? —rezongó Maurice.

—Perdona, pero no sabía que Colette te quisiera tanto...

—Anda, vamos, ahora es cuando yo necesito tomar un poco el aire.

Fueron al jardín y se sentaron en un banco...

—Maurice —dijo Annie, mientras él se frotaba la espinilla—. He de ir a Inglaterra.

— ¿Cuándo?

—Saldré, seguramente, mañana.

—Lo siento, creí que podríamos vernos. ¿Cuándo regresarás?

—En cuatro o cinco días.

—Te estaré esperando.

—Oye, podrías venir conmigo.

— ¿Yo?

—Naturalmente, te contrataría. Pienso alquilar un coche en Londres.

— ¿Cuál es el motivo de tu viaje?

—Tomar posesión de una casa que heredé en Escocia.

—No puedo estar tanto tiempo fuera de París sin ocuparme de mi taxi. Es mío, ya sabes, soy mi propio patrón.

—He dicho que te contrataría.

—No puedo aceptar tu dinero.

— ¿Por qué no? ¿Qué malo tiene? Considérame como un cliente.

Él se inclinó sobre ella.

—Eres un cliente demasiado bonito.

—Entonces, acepta. Estoy dispuesta a pagarte lo que fueses a ganar en París durante el tiempo que me acompañes.

—No está bien.

—Te repito que has de considerarme como cualquier otra persona que se hubiese dirigido a ti para contratar tus servicios.

Maurice titubeó todavía unos instantes. Finalmente sacudió la cabeza.

—Trato hecho.

Annie levantó su mano para que él la estrechase.

Pero Maurice la atrapó por la espalda y la atrajo hacia sí.

La besó en la roja boca entreabierta y Annie no hizo nada por impedirlo.

Cuando se apartaron, ella dijo:

— ¿Esa es tu forma de concertar un acuerdo?

—Si el cliente tiene bigote, me limito a soltar un gruñido.

En aquel momento, una sombra se proyectó sobre ellos.

Los dos alzaron los ojos y vieron ante sí a dos hombres.

Annie lanzó un gritito porque ya había visto antes a ambos. Eran Lewis Cardelec y el orangután que respondía al nombre de Paul.

—Hola, nena —dijo Cardelec—. ¿Qué? ¿Disfrutando?

—Lárguese de aquí.

—Paul y yo nos marcharemos enseguida, cuando hayamos conseguido lo que queremos.

Maurice intervino:

—Eh, ¿quiénes son estos tipos?

—Dos hombres que se pusieron pesados.

—Yo los voy a arreglar —dijo Maurice, y fue a levantarse.

Lewis hizo un movimiento rápido con la mano y sacó una pistola.

Haas se detuvo al ver el arma que le apuntaba.

Cardelec rio con risa cavernosa.

—Anda, jovencito, levanta la mano, y verás qué clase de pastillas te receto para las buenas digestiones.

—Nena —dijo Maurice—, no sabía que trataras con esta clase de gente.

—Pero si yo no me relaciono. Son ellos los que no me dejan en paz.

— ¿Qué es lo que quieren de ti?

Cardelec contestó por la joven.

—Yo se lo diré. Solo queremos llenarle los bolsillos de dinero.

— ¿A cambio de qué?

—De una casa que ella ha heredado, pero estoy seguro de que ahora la chica va a cambiar de opinión.

—No entiendo nada —dijo Maurice.

—No hace falta que lo entienda, joven —repuso Cardelec—. Yo le voy a dar a la chica un cheque de setenta y cinco mil francos y ella me firmará los documentos que tengo en el bolsillo.

— ¿Setenta y cinco mil francos?... —repitió Maurice, asombrado.

—Ni uno más ni uno menos.

—Ya entiendo, le va a pagar con un cheque sin fondos.

—Usted cree saberlo todo, ¿eh, joven? Pues le voy a decir una cosa. Si no cierra la boca, se va a encontrar con que no podrá comer en unas cuantas semanas. Bastará con que mi amigo, aquí presente, le meta el puño por la raja que tiene bajo la nariz.

Annie estaba rabiosa. Cardelec iba a conseguir lo que pretendía. Quitarle la casa que le había dejado en herencia su hermanastro Hugo.

Lewis sacó con la mano libre los papeles.

—Ande, nena, firme abajo, en el original y el duplicado.

— ¿Qué hay del cheque?

—También lo tengo preparado —dijo Cardelec, y lo sacó del bolsillo.

—Contésteme a una pregunta.

—Dependerá de lo que quiera saber.

— ¿Por qué tiene tanto interés en la casa?

—Ya se lo dije.

—No le creí una sola palabra. Ni tampoco existe Aberville.

—¿Cómo?

—Lo miré en el mapa.

—Una chica lista, ¿eh?

—Debe tener razones muy importantes para querer esa mansión. Incluso está dispuesto a matar.

—Seguro, nena.

—¿Qué hay en esa casa?

—Es mejor que no lo sepa.

Maurice saltó sobre Cardelec, aprovechando que estaba distraído con la joven. Lo atrapó por la muñeca armada y tiró de él para que lo siguiese en su caída.

Los dos rodaron, tronchando el seto del jardín.

Cardelec gritó al perder la pistola.

En el segundo siguiente, Maurice se apoderó del arma y apuntó a Lewis, que se le echaba encima.

—Quieto, amigo, o te dejo sin nariz.

Cardelec miró a Paul.

—Estúpido, ¿por qué no lo has impedido?

El gorila soltó unos gruñidos cuyo significado solo comprendió su patrón.

—Ahora vas a contestar a la pregunta de Annie. ¿Por qué queréis su casa?

—No sé nada.

Maurice levantó el arma, golpeando en el mentón a, Cardelec.

—¡Maldito sea! ¡Me ha roto el hueso!

—Todavía no, muchacho... Anda, intenta otra respuesta.

—Le juro que es cierto. Yo no soy el comprador. Me dieron el encargo.

Annie había cogido del suelo los papeles que debía firmar y, tras comprobarlos, dijo:

—Es cierto, aquí no se menciona para nada a Lewis Cardelec. El comprador es otro, Donald Hooper.

— ¿Quién es Donald Hooper, Lewis? —preguntó Maurice.

—Un tipo con una pierna ortopédica que conocí en Berlín hace tres días. Fue allí donde nos contrató a Paul y a mí.

—Berlín está dividido en dos trozos. ¿En cuál de ellos?

—Berlín Oeste.

— ¿Dónde está ahora Donald Hooper?

—Se quedó allá. Debíamos ir allí a llevarle el documento de compra de la casa de Stonehaven.

—El cheque era falso, ¿verdad?

—Claro que era falso. ¿Cómo puede alguien pagar setenta y cinco mil francos? Me dio el cheque en blanco y yo tenía que rellenarlo.

— ¿En qué lugar de Berlín Oeste tenías que verte con el hombre de la pierna ortopédica?

—En un bar llamado «Canguro».

—Pero ese Hooper tendrá otra dirección.

—Lo imagino, pero él no lo dijo. Nos contrató en el bar y teníamos que regresar allí para darle el documento...

—No te creo una palabra. Estás mintiendo...

—Le juro que es cierto. No quiero saber más de este asunto. Solo nos ha traído disgustos a Paul y a mí.

—Imagino que Hooper os pagaría bien por vuestro trabajo.

—Una miseria, se lo aseguro...

—Largaos los dos. Si os veo otra vez, juro que también necesitaréis una pierna de palo porque tiraré a la rótula.

—Devuélvame la pistola.

—Cómprate otra.

Cardelec hizo una señal a Paul con la cabeza y los dos desaparecieron en la oscuridad del jardín.

Maurice se asomó al paseo para asegurarse de que los dos hombres obedecían su orden.

Al regresar junto a la joven, la miró a la cara.

—Fue un hermoso juego, duquesa.

— ¿Qué dices, Maurice?

—Trataste de engatusarme para que te acompañase a Inglaterra, pero solo querías que te sacase las castañas del fuego.

—No digas eso, Maurice.

—Oh, claro, no debo continuar porque tu corazón saltará en pedazos. Pero acabo de decir una gran verdad. Te metiste en un lío y no sabes cómo salir de él.

—Alguien me metió en él, sin yo saberlo.

— ¿Quién?

—Mi hermanastro, que murió hace una semana en un accidente de automóvil. Te lo contaré todo, Maurice, tienes derecho a saberlo.

A continuación la joven hizo el relato de su aventura.

Cuando hubo terminado, el taxista se rascó la patilla con el cañón de la pistola.

—Ese hermanastro tuyo te la jugó bien.

—No hables así de Hugo.

—No digas que lo sientes mucho. Acabas de decir que lo viste por última vez cuando tenías ocho años.

—A pesar de eso, le tenía afecto.

—Solo por los setenta y cinco mil francos.

— ¿Es que solamente sabes decir cosas desagradables?

—Me vas a perder pronto de vista, querida, en cuanto hagamos una visita a la policía.

— ¿A qué policía?

—Aquí solo hay una, la francesa.

—No puedes hacer eso, Maurice. ¿Es que no lo has comprendido? Ya te lo dije. No podemos levantar la liebre.

—La caza está levantada desde que Hugo te señaló como su heredera.

—Mi idea es mucho mejor.

—Oh, sí, la de ir a Stonehaven.

—Estoy segura de que allí podremos resolver el misterio.

—Ni siquiera tenemos la menor idea de qué se trata.

—Una razón poderosa para que viajemos hasta Stonehaven.

—No estoy muy seguro de que esa gente esté dispuesta a dejarnos llegar.

—No seas pesimista.

Maurice levantó la pistola.

—Eso no es un juguete, nena; hace un rato me estaba apuntando a mí, y si continúo vivo, fue porque tuve mucha suerte.

—No, no fue suerte. Lo hiciste muy bien. Saltaste como una pantera.

—Pero da la casualidad de que soy un ser humano, y quiero continuar siéndolo. Estoy seguro de que si voy a Inglaterra, tendré las mayores posibilidades de que me metan en un ataúd.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Maurice, te necesito.

—Claro que me necesitas, para que te sirva de escudo cuando silben las balas.

— ¿Por qué han de silbar? Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que dar rienda suelta a nuestra fantasía. Es posible que este asunto sea la mar de inocente.

—Oh, sí, claro. Esos hombres que se acaban de marchar eran un par de ingenuos, dos muchachos con muy buenos sentimientos.

—Deja el sarcasmo.

—Lo voy a dejar y también a ti.

— ¿Es que me vas a abandonar?

—No irás sola, te acompañarán tus dos amigas, que están tan chifladas como tú.

—Muy bien, iremos las tres, y, si nos pasa algo, recuérdalo. Habrá sido por culpa tuya.

—Reiré el chiste esta noche, antes de fumar mi último cigarrillo.

—Tienes miedo, eso es lo que te pasa.

—No, no es eso.

—Claro que lo es.

Maurice apretó los maxilares.

—Muy bien, voy a ir contigo.

—Oh, Maurice.

—No te entusiasmes, déjame terminar.

—¿Qué es lo que te falta por decir?

—Te voy a hacer una oferta y tú dirás si te conviene.

—¿Qué clase de oferta?

—Me pagarás cien francos diarios.

—Estafador.

—Y un diez por ciento de lo que saques por la operación, sea cual sea el origen del dinero que consigas...

—Chantajista.

—A ti te toca decidir ahora.

—Me abrazaste antes, me besaste...

—Y tú te dejaste abrazar y besar porque formaba parte de tu plan. Solo querías conseguir mi colaboración casi gratuitamente. Me ibas a pagar como taxista. Ahora quiero ser algo parecido a un socio.

—No lo consentiré.

—Muy bien, entonces búscate otro. Buena suerte.

Maurice dio media vuelta y echó a andar con resolución hacia la sala donde se celebraba la fiesta.

— ¡Espera, Maurice! —gritó Annie.

CAPÍTULO IV

Sonó el timbre de la puerta y Annie acudió a abrir. En el hueco estaba Arthur Shell, el cual se quitó el sombrero y sonrió.

—Buenos días, mi querida señorita Bernard. ¿Durmió bien?

—Perfectamente.

—Cuánto lo celebro.

La joven tomó el cigarrillo que había dejado en el cenicero y le dio una chupada.

El señor Shell puso su cartera sobre la mesa e hizo correr la cremallera,

—No hace falta que saque nada, señor Shell —dijo Annie.

—Solo me disponía a extraer los documentos... Ah, y también le preparo una sorpresa.

— ¿Cuál, señor Shell?

—Le traigo el dinero. Setenta y cinco, mil francos en efectivo. ¿Qué le parece? Dan la impresión de estar recién sacados del horno.

—Guárdelos, señor Shell.

Arthur se enderezó con el ceño fruncido.

—No me irá a decir que ha cambiado de opinión.

—Es exactamente lo que ha ocurrido. He decidido conservar la casa de Stonehaven.

—Pero, mi querida señorita Bernard...

—Su querida señorita Bernard está la mar de intrigada acerca de la herencia, señor Shell.

—No la entiendo.

— ¿Conoce usted a un hombre llamado Donald Hooper?

—No. ¿Quién es?

—El rival del señor Geoffrey Drake, su cliente.

— ¿Un rival? ¿Dónde está?

—Tampoco el señor Hooper vino en persona. Lo mismo que el señor Drake, envió un representante.

—Yo le hice mejor oferta.

—Sí, efectivamente, señor Shell. Usted me ofreció setenta y cinco mil y él solo estaba dispuesto a dar cinco mil.

—Ahí lo tiene —sonrió Arthur.

—Pero cuando le hablé de usted, estuvo conforme en pagar los setenta y cinco.

—No le habrá vendido a él. Yo estaba antes.

—Para ser un hombre de negocios, tiene mala memoria, señor Shell. Ya le he dicho que no he vendido, y ahora le repito que no venderé. Ni al señor Hooper ni al señor Drake.

—Señorita Bernard, le aseguro que su casa está en ruinas...

—Deje ya de decir algo que me suena a un disco rayado. Todo esto tiene por origen algo que desconozco. Pero estoy dispuesta a descubrirlo.

—No haga eso, señorita Bernard.

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero este asunto no me gusta, se lo aseguro, y tampoco le debía agradar a usted. La oferta del señor Drake es muy generosa. Soy un profesional, señorita Bernard, llevo veinte años dedicado a los Bienes Raíces y le juro que hará el mejor negocio de su vida.

—¿Cómo es el señor Drake?

—No lo sé. Nunca vi al citado señor.

—¿Cómo le hizo el encargo, entonces?

—Por teléfono.

—Pero en esa cartera tiene setenta y cinco mil francos e imagino que se los habrá dado el señor Drake.

—¿Quiere que le diga toda la verdad?

—Desde luego. Le quedaré muy agradecida.

—El señor Drake me envió un cheque por cien mil francos, que cobré en París, pero no he visto nunca a este señor, se lo aseguro.

—Vamos a suponer que yo le hubiese vendido la casa. Usted tendría que enviar la escritura de venta a alguna parte.

—Debía mandarla por correo al apartado 13.435, en Londres, y con eso habría terminado mi misión.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio y apareció el taxista.

Shell dio un salto de sorpresa.

—Eh, ¿quién es este hombre? Si es policía, yo no tengo nada que ver con el jaleo. Soy un hombre honrado, tengo mujer y cuatro hijos.

—Tranquilícese, señor Shell —repuso Maurice—. Lo escuché todo tras la puerta.

—Solo dije la verdad...

—¿Qué referencias le dio el señor Drake?

—Ninguna.

—¿Acepta muchos encargos en esas condiciones?

—No, desde luego, pero este lo acepté porque me iba a reputar un beneficio neto de veinticinco mil francos. El señor Drake estableció como límite los setenta y cinco. ¿Quién habría renunciado en mi caso?

—Está bien, ya puede marcharse.

—Señorita Bernard, ¿por qué no se decide a vender?

Maurice echó a andar hacia el agente de Bienes Raíces, el cual atrapó la cartera y salió escapado del apartamiento.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Annie dijo:

—Ha ocurrido lo mismo que con el hombre de la pierna ortopédica. También Hooper se tomó seguridades para que nadie lo identificase.

—Sí, es un condenado asunto, pero, ¿cuál es el significado de todo ello?

La joven exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—Creo que la solución solo la encontraremos en Inglaterra.

—Quizá ni siquiera allí.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Annie descolgó.

—¿Sí?

—Soy Françoise, Annie. Tengo que darte una mala noticia. «El lobo» solo quiere dar permiso a una de nosotras y, naturalmente, renunciamos en tu favor. Tratamos de convencerlo, echando mano a todos nuestros medios, pero fracasamos.

—Casi lo celebro. No podía obligaros a que corrieseis un peligro por mi culpa.

— ¿Cómo resultó lo del señor Shell?

—Tampoco él sabe nada de su cliente. Lo contrató en Londres por teléfono.

— ¿Cuándo te marcharás, Annie?

—Esta misma tarde. Maurice y yo no hacemos nada en París.

—Naturalmente, cuenta con nuestro dinero. No sabes cuánto siento no acompañarte.

—No te preocupes, dentro de una hora pasaré por ahí.

Cuando hubo colgado, Maurice dijo:

—Hasta ahora me has contado muy poco acerca de tu hermanastro.

—Sé muy poco de él, ya te lo dije. A los ocho años, mi madre me trajo a Francia y nunca volví a saber de él hasta recibir la carta anunciándome su muerte.

—Dijiste que era comandante.

—Sí.

— ¿De qué?

—De las Reales Fuerzas Aéreas.

—Hugo conocía tu dirección a efectos del testamento.

—Es cierto.

—Lo cual quiere decir que se preocupó de dar con tu paradero, sin tú saberlo.

—No había pensado en ello hasta ahora.

—Hay otra cosa.

—Creo que sé a qué te refieres. Al accidente automovilístico.

—Sí, Annie.

—Yo también me he dado cuenta. Antes no le había dado importancia. Todos los días muere mucha gente por culpa de los automóviles, sin que exista intención criminal. Sin embargo, ahora... han cambiado las cosas. Pudo ser un asesinato.

La joven agrandó sus ojos.

Maurice se acercó a ella y la tomó por los hombros.

—Annie, ¿estás segura de que quieres seguir adelante?

La joven dejó correr unos segundos y luego contestó:

—Más que nunca, Maurice. Si tenemos razón, Hugo fue asesinado, quiero saber por qué y quién lo hizo...

* * *

—¿El comandante Copland?... No, no lo conocí, aunque he oído hablar de él. Parece que dejó un buen recuerdo en el Departamento.

Annie y Maurice habían sido recibidos en el Ministerio del Aire británico por el capitán Prayton.

—Verá, capitán —dijo Annie—. Mi hermanastro me ha dejado una herencia. No pude conocerlo a él bien y, ahora, después de muerto... usted me entiende...

—Sí, comprendo, pero lo siento. Ya no puedo informarle acerca del comandante. Pero quizá al mayor Hoag le sea posible hacer algo por usted.

El capitán Prayton salió del despacho, dejando solos a los dos jóvenes.

Solo hacía unas horas que habían llegado a Londres y lo primero que hizo Annie fue alquilar un auto, un «Jaguar» de motor potente, que eligió Maurice.

Habían llegado a la conclusión de que debían conocer más cosas acerca de Hugo, en un intento por dar con la razón de su muerte, suponiendo que no se equivocasen con respecto a su idea del asesinato.

Hasta ahora no habían recibido nuevas ofertas para vender la casa, ni habían visto a ninguno de sus viejos conocidos, haciendo el viaje sin incidentes.

El capitán Prayton regresó.

—El mayor Hoag les espera.

El mayor frisaba en los cincuenta y cinco años de edad, y era un hombre de aspecto distinguido, ojos azul claro.

Saludó cordialmente a Annie.

—Celebro mucho conocer a un familiar de Hugo Copland.

—¿Lo conoció usted, mayor?

—Desde luego. Fuimos compañeros de armas durante la guerra. Hicimos unos cuantos servicios juntos. He sentido mucho su muerte. En fin, los viejos camaradas van cayendo. También me llegará a mí el turno, es ley de la vida.

—Mayor, ¿cómo era Hugo Copland?

—¿Se refiere a su carácter?

—Sí.

—Un hombre jovial y simpático... especialmente para las mujeres. Esto no es una recriminación, señorita Bernard. Durante la guerra se portó muy bien, y eso es lo que cuenta. Su vida privada interesaba muy poco al Gobierno de Su Majestad.

—¿Quiere decir que fue un héroe?

—Sí, señorita, puede estar segura de que lo fue, aunque debo decir que cualquier inglés que pilotase un avión en aquellos tiempos, podía considerarse como un héroe, hasta que conseguimos la supremacía aérea sobre los alemanes. Pero Hugo fue uno de los que contribuyeron, a mantener lejos de nuestras islas a Hitler. Él también debió sentir nostalgia de aquellos tiempos; es lo que siempre ocurre a los hombres de su carácter. No le gustaba una burocracia ni volar sin tener a un enemigo por delante, y, es por lo que pidió el retiro.

—No sabía que se hubiese retirado. ¿Cuándo ocurrió?

—Place aproximadamente unos seis años.

—¿Se quedó a vivir en Londres?

—No, había comprado una casa allá en Escocia, pero no recuerdo la ciudad.

—Stonehaven.

—Eso es, señorita. Stonehaven.

—No sé siquiera si Hugo se casó.

—No, señorita. No lo hizo.

—¿Me podría contar cosas acerca de su vida particular?

—Disculpe, señorita Bernard, pero mis noticias son muy escasas.

—Imagino que tendría amigos íntimos, y algunos de ellos podrían informarme.

El mayor tabaleó sobre la mesa.

—Espere que recuerde... Sí, Hugo estableció una gran amistad con uno de nuestros compañeros, el mayor Frank Allen.

—¿Está aquí en el ministerio?

—No, también se retiró.

—¿Podría darme su dirección?

—Será fácil conseguirla.

El mayor Hoag descolgó el teléfono y, tras hablar un par de minutos por el micro, informó a Annie.

—Tiene suerte. Frank Allen reside en Londres, calle Leicester 542, apartamento 38.

—Ha sido muy amable, mayor Hoag, pero todavía se me ocurre una pregunta. Además de su trabajo normal, ¿prestó Hugo algunos de esos servicios que ustedes llaman especiales?

—Sí, señorita Bernard. Recuerdo perfectamente que fue elegido para realizar varios servicios especiales. Pero eso no tiene nada de particular.

Casi todos los pilotos prestamos dichos servicios en unos tiempos tan graves.

— ¿Qué clase de servicios prestó Hugo?

—No le puedo decir nada a ese respecto, y me temo que nadie le podrá informar. Estos trabajos eran rigurosamente secretos.

—Pero quizá con el transcurso del tiempo hayan dejado de serlo. ¿No cree, mayor?

Hoag soltó un gruñido.

—Esperen unos minutos. Lo consultaré.

Descolgó otra vez el teléfono y habló por el micro.

—General, soy el mayor Hoag. Tengo en mi despacho a un familiar de Hugo Copland, su hermanastra concretamente. Querría saber algo acerca de los servicios especiales que prestó el comandante Copland durante la guerra... ¿Cómo?... Sí, eso le he dicho, pero, teniendo en cuenta que han pasado más de veinte años... Sí, general, se lo diré —colgó, mientras sacudía la cabeza en sentido negativo—: Lo siento, señorita Bernard. No hay información. Ha sido la respuesta del general.

—Gracias de todas formas, mayor.

—A su disposición, señorita Bernard.

Cuando los dos jóvenes se encontraron fuera del ministerio, en el «Jaguar», Annie dijo:

—Es lo que temíamos. Hugo pudo estar envuelto en algún hecho de guerra, cuyas consecuencias sufrió ahora. Pero, ¿por qué al cabo de tanto tiempo?

—Quizá Frank Allen pueda responder a alguna de nuestras preguntas.

Media hora después, subían una escalera hasta la cuarta planta de un edificio construido quince años atrás.

Se detuvieron ante la puerta número treinta y ocho y Maurice apretó el timbre.

Transcurrió un minuto y la puerta no había sido abierta.

Entonces Maurice hizo, girar el tirador.

La puerta se abrió con un chirrido.

Haas penetró en la habitación. Se encontró en un «living» desierto.

—Señor Allen —llamó.

Tampoco obtuvo respuesta.

Había una puerta entreabierta al fondo. La empujó con el pie.

Tendido en una cama, vieron a un hombre. Estaba en pijama, la cabeza sobre la almohada, hacia el lado de la pared.

Annie dio un chillido.

— ¡Está muerto!... ¡Es otro asesinato!

Maurice se acercó a la cama.

—No, Annie, no está muerto... Solo borracho.

Maurice tomó una botella de ginebra de la mesilla de noche. Estaba casi vacía y había otras dos botellas en el suelo.

El hombre debía estar por los cincuenta años y tenía grandes bolsas bajo los ojos. Ahora se movió.

— ¿Quién anda ahí? —gruñó con voz estrepitosa.

—Mayor Allen.

—Váyase al infierno, ya no soy mayor, sino un ciudadano cualquiera. El ciudadano Frank Allen... Eh, ¿quiénes son ustedes? ¿Por qué han entrado aquí?

—Señor Allen —dijo Maurice—. Le presento a la señorita Annie Bernard.

— ¿Sí? ¿Y quién es Annie Bernard?

—La hermanastra de Hugo Copland.

Allen quedó inmóvil sobre la cama. Alzó poco a poco la cabeza y miró con los ojos congestionados a la joven.

—La acompaño en el sentimiento, señorita Bernard. Y ahora, adiós.

Dejó caer la cabeza en la almohada.

—Quisiera hablar con usted, señor Allen —dijo Annie.

—Yo no tengo ganas de hablar con nadie. Lárguese.

—La señorita Bernard desea saber algunas cosas con respecto a su hermanastro —intervino Maurice.

—Es preferible que no conozca nada.

— ¿Por qué, señor Allen?

—No haga preguntas, muchacho, y deje el agua correr.

—Hemos venido de muy lejos, señor Allen, y no podemos marcharnos con las manos vacías.

El beodo alzó otra vez la cabeza.

—Oiga, amigo, vivo tranquilo en mi casa, no me meto con nadie y, a cambio, quiero que me dejen en paz. ¿Lo oyó bien?

—Sí, señor Allen, y le prometo que lo dejaremos en paz cuando nos haya hablado acerca de Hugo.

—No tengo nada que decir acerca de él.

— ¿Cómo sabe que murió?

—Oiga, todavía leo los diarios.

—Al parecer, los lee minuciosamente. Se da por supuesto que Hugo murió en un accidente de automóvil, y eso estaría en un rincón perdido de una página.

—Tengo mucho tiempo, todo el que necesito para leer el diario desde la primera a la última página. ¿Le vale esa respuesta, amigo? Anden, sean buenos chicos y no cierren la puerta con demasiada fuerza al salir.

—Será mejor que nos marchemos, Maurice —habló Annie.

—Espera un momento. Señor Allen, ¿por qué fue asesinado Hugo?

El cuerpo del mayor se estremeció. Abrió otra vez los párpados.

— ¿Quién le ha dicho que fue asesinado?

—Esa es la conclusión a que hemos llegado Annie Bernard y yo.

—Se creen muy listos, ¿eh?

—Nos consta que Hugo no sufrió un accidente automovilístico por casualidad. Supuestamente, su coche se despistó y fue a caer al fondo de un

barranco.

—Todos los días hay coches que se despistan.

—Apuesto a que lo del auto de Hugo fue un complot.

—Vaya, nos salió un sabueso el muchacho...

—Solo empleo la lógica. Ande, dígame quién mató a Hugo.

—Lo ignoro.

—Annie y yo tenemos mucho interés en saberlo, por eso hemos emprendido este viaje.

—No encontrarán aquí la respuesta.

—Está bien, señor Allen, usted no tuvo nada que ver con este accidente.

—Gracias, su generosidad me conmueve. Si ya me exoneró de culpabilidad, déjenme dormir tranquilo.

— ¿Qué fue lo que hizo Copland durante la guerra?

— ¿Eh?

—Venimos del Ministerio del Aire. Es allí donde nos dieron su dirección. Hablamos con unas cuantas personas. Ellos nos indicaron que, Hugo realizó servicios de emergencia durante la guerra.

—Todos los hicimos.

—Sí, eso fue lo que nos dijeron. Pero, ¿qué clase de trabajo realizó Hugo, que ahora le ha costado la vida?

Allen se echó a reír mientras se levantaba. Puso los pies desnudos en el suelo y se tomó la cabeza con las manos. Unas cuantas greñas le cayeron sobre la frente.

— ¿Qué saben de esos servicios de emergencia?

—Nada. En el ministerio nos dijeron que eran rigurosamente secretos, y que todavía no ha llegado la hora de hacerlos públicos.

Allen miró la botella de ginebra que estaba sobre la mesita de noche, enfila que quedaban cuatro dedos de alcohol.

Alargó la mano y la tomó por el cuello.

— ¿No cree que ya ha bebido bastante? —dijo Annie.

Frank lo miró con el ceño fruncido.

—Mujeres —grazno—. Siempre metiéndose en las cosas que no les importan. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Maurice.

—Bien, Maurice, me imagino que está enamorado de ella... Tenga cuidado, muchacho. Todas son peligrosas, incluidas las que tienen cara de ingenuas, como esta.

—Gracias por su consejo.

—No hay de qué, amigo, no hay de qué.

—Iba a hablarnos de los servicios que prestó Hugo.

—Ah, sí, servicios especiales, así los llamaban... Uno tenía que jugarse la vida. Nos ponían en fila y aparecía el general, diciendo: «Caballeros, en esta hora crucial para el Imperio, son más necesarios que nunca los hombres valerosos» —rio otra vez a carcajadas—. ¿Qué les parece? Lo tenía que haber dicho en otra forma: «Muchachos, necesitamos un borrego para el matadero».

Se interrumpió y destapó la botella. Miró por el ojo su contenido.

—Continúe, Allen —lo apremió Maurice—, pero no hace falta que se extienda en el prólogo.

—Oh, sí, solo les interesa lo que hizo Hugo Copland, no lo que hicieron los demás. Los valerosos y caballerosos héroes. Hugo, un gran muchacho. Un día, el general se presentó en nuestro dormitorio. Acabábamos de realizar un vuelo a Alemania. Estábamos rendidos. Doce de nuestros compañeros no habían regresado a la base... Doce buenos muchachos... ¿Y qué es lo que hicimos nosotros? Dormir como piedras... Fue entonces cuando el general nos despertó. Después de pronunciar las palabras de rigor acerca del Imperio y de lo necesarios que eran los hombres como nosotros, pidió dos voluntarios para un servicio de emergencia. El vuelo era muy largo, había que ir a Rumania... No, amigos, no se trataba de bombardear la población enemiga o un campo de aviación... Había que tomar tierra en un pequeño valle situado entre montañas. Se necesitaba pericia y arrojo. Luego había que esperar a que llegasen unos hombres...

—Un servicio de evacuación de resistentes patriotas.

—No, amigo. No era eso —miró la cara de sus visitantes y se echó a reír—. ¿Les interesa, eh?... Es lógico... El asunto tiene intriga... Sí, amigos míos. Hugo hizo aquel servicio.

— ¿Fue usted el otro voluntario?

—No, yo no.

— ¿Quién?

—El gran Jake Mac Levy, un irlandés con sangre escocesa, un tipo grandullón capaz de partir la cabeza de cualquiera como si fuese una nuez, y no crea que es un tópico. Yo se lo vi hacer cuando la retirada de Dunkerque. Algunos alemanes se infiltraron en el último campo de aviación antes de evacuarlo. Tuvimos que pelear cuerpo a cuerpo para llegar a nuestro avión. Yo maté a dos alemanes con la bayoneta, pero Jake había olvidado la suya. Tuvo que valerse de sus puños. Juro que partió la cabeza de un alemán como una nuez...

—Dijo antes que Hugo y Jake tenían que ir a cierto lugar de Rumanía y esperar a ciertos hombres. ¿En qué consistía el servicio?

—Se lo diré, amigo... Sí, se lo diré. A pesar de que es rigurosamente secreto —rio con más ganas que antes.

—Le escucho, señor Allen.

—Tengo la garganta reseca. Deje que primero beba un trago.

Empinó la botella y bebió.

Se oyó un gorgoteo mientras el líquido pasaba por la garganta.

Apuró hasta la última gota y dejó la botella sobre la mesilla de noche.

— ¿Me da un cigarrillo, Maurice? Se me acabaron los míos.

—Aquí tiene...

—Gracias, muchacho.

Maurice frotó un fósforo y le acercó la llama.

Allen dio una chupada al cigarrillo y arrojó dos chorros de humo por la nariz. Hizo una mueca. Tenía el cigarrillo en los labios y de pronto le cayó al suelo. Llevó las manos al estómago y las arqueó como dos zarpas.

—Maldita sea... ¿Qué es esto? —desorbitó los ojos mirando a Maurice —. ¡Usted!

Annie y Maurice vieron reflejado el pánico en el rostro de Allen.

El antiguo piloto dobló la cabeza y se desplomó en la cama, quedando inmóvil.

El cigarrillo rodó por el suelo.

—Dios mío, se ha desmayado —dijo Annie.

Maurice se inclinó sobre la cama y abrió el párpado derecho de Allen.

—No, Annie. Ahora es cuando está muerto.

CAPÍTULO V

La joven se puso un puño en la boca para no gritar.

Maurice tomó la botella en la que Allen había bebido el último trago y la olió.

—No se nota nada.

—¿Cómo le han podido envenenar?

—Al asesino le debe haber resultado muy fácil. Entró aquí mientras él dormía; la puerta estaba abierta. Vio la ginebra que contenía la botella y pensó que Allen bebería en cuanto se despertase. No falló en sus cálculos.

—Y ha ido a morir cuando se disponía a decirnos la clase de misión que fue a realizar Hugo en Rumania... ¿Qué vamos a hacer ahora, Maurice?

—Hubo otro hombre que viajó con Hugo en el avión hasta Rumania.

—El irlandés con sangre escocesa.

—Sí, Jake Mac Levy, el que puede partir la cabeza de cualquiera como si fuese una nuez.

—¿Crees que llegaremos a tiempo de dar con él, antes de que lo maten también?

—Ni siquiera sabemos si ya está muerto.

—Oh, Maurice, tienes razón.

A un lado de la mesilla de noche descansaba el teléfono. Haas sacó el pañuelo y atrapó el particular.

Marcó el número del Ministerio del Aire y al cabo de unos instantes pudo hablar con Hoag.

—¿Mayor Hoag? Soy Maurice, el amigo de Annie Bernard. En nuestra visita se nos olvidó mencionar a Jake Mac Levy, ya sabe, el compañero de Hugo Copland...

—Oh, sí, también lo recuerdo.

—Mayor, quisiéramos hablar con Jake Mac Levy. ¿O es que también se retiró?

—Fue retirado totalmente. Quiero decir que murió.

— ¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo, durante la guerra.

— ¿Me puede explicar en qué forma murió?

—Sí, desde luego. Su muerte no fue nada heroica, a pesar de que había merecido unas cuantas condecoraciones por el alto valor demostrado ante el enemigo. Murió en un bombardeo, ya sabe, cuando lo de los V-2. Al parecer no pudo llegar al refugio. Fue encontrado entre los escombros de su casa. El pobre había quedado hecho una piltrafa. Fue un mal final para un buen soldado.

—Gracias, mayor, perdone las molestias.

Inmediatamente, Maurice colgó y Annie dijo:

—Solo me falta ver tu cara para saber lo que te ha dicho. Jake está muerto.

—Sí pero no fue asesinado —guardó un silencio—. Al menos, eso espero.

A continuación, Maurice repitió el informe que había recibido del mayor con respecto a la muerte del irlandés con sangre escocesa.

—Se acabaron todas las pistas —comentó Annie.

—Bueno, marchémonos de aquí.

— ¿Sin llamar a la policía?

— ¿Quieres que nos compliquemos la vida?

—Sí, comprendo, es mejor que nos marchemos sin molestar a los de Scotland Yard. Maurice, ¿y si Frank Allen guardase aquí algo relacionado con el asunto?

—Suponiendo que así fuese, se lo habría llevado el asesino. Tuvo tiempo para ello.

— ¿Qué es lo que asoma por la almohada?

Maurice miró en la dirección que le indicaba Annie. Metió la mano bajo la almohada y sacó una agenda.

La repasó descubriendo algunas anotaciones, cuentas de tintorería, del supermercado, de la lechería...

—Creo que no hay nada importante. Solo servía para fiscalizar su economía. La cuenta que más sube es la de la ginebra. Este hombre era una esponja. Eh, espera.

— ¿Qué has encontrado?

—Aquí está el nombre de Hugo, en la página correspondiente al 10 del mes pasado —mostró a Annie la anotación.

Annie leyó.

—«Hugo Copland, 1630, restaurante Byrd».

Continuó pasando páginas, pero solo había más cuentas hasta el final.

—Vamos a ese restaurante —dijo Maurice, guardando la agenda en el bolsillo.

* * *

Tomaron posesión de una mesa junto a la ventana.

El restaurante Byrd era un local poco espacioso. Solo contenía una docena de mesas y se ubicaba en una callejuela cercana al Soho.

A aquella hora solo había dos mesas ocupadas, una por dos tipos de aspecto sospechoso y otra por una chica muy pintarrajeada que hacía compañía a un hombre de cuello de toro.

Una camarera atendía a los clientes, una muchacha de unos veintidós o veintitrés años. Se cubría con un jersey verde muy ceñido y una falda negra. Era bonita, aun cuando se notaba que era poco lo que desconocía de la vida. Rodeaba su cuello con un collar de piedras simulando zafiros, que contrastaba con lo moreno de su piel.

Al fondo, en el mostrador, un hombre de cabello aceitoso, leía un diario.

La muchacha dejó el servicio en la mesa de «Cuello de toro» y se dirigió a la de los dos clientes.

— ¿Van a comer?

—Sí. ¿Qué nos aconsejas?

—Que vayan al restaurante más próximo.

—Gracias por tu sinceridad, muchacha, pero este nos fue recomendado por alguien.

—Debe ser su enemigo, no se fie de él.

—Su nombre es Hugo Copland.

—¿Hugo Copland?... No, no conozco a nadie de ese nombre.

—Bueno, hay otro.

—Vaya, tiene recambio.

—Frank Allen.

—El Valeroso héroe.

—El mismo.

—Entonces, está claro. Debió recomendarles este local en el momento culminante de su borrachera.

—Lo conoces bien, ¿eh?

—Iba a decir como si fuese mi padre, pero estaría feo, ¿verdad?

—El diez del mes pasado Frank Allen se citó aquí con otro hombre...

—A veces venía con ciertos tipejos de su calaña.

—El que le acompañó aquel día no era de su clase. Es el Hugo Copland que te nombré antes.

La joven miró al techo pensativa.

—Sí, claro, sería el tipo interesante, el hombre de cabello canoso y guapo que estuvo con él...

—Tú lo servirías.

—Yo sirvo a todo el mundo... en el buen sentido de la palabra, se entiende.

—Desahóguese, muchacha —intervino Annie—. No es mi esposo.

—Por mí no hay inconveniente, si me lo quiere ceder en préstamo cuando salga a las seis.

—¿Dije que tengo el «alquila» levantado? —rezongó Maurice—. ¿Qué les pasa a las muchachas de hoy?... Pero volvamos a lo nuestro. ¿Cuál es tu nombre, chica?

—Mary Nelson. Para usted, Mary.

— ¿Nunca viste antes del día diez al hombre que acompañó a Allen?

—No, desde luego. Era un gran tipo. Si lo hubiese visto con anterioridad, lo habría recordado.

— ¿Y ya no volvió?

—No, señor.

—Quizá recuerdes algo de lo que hablaron.

— ¿Yo?... Oh, no, ni una palabra... Me preocupo del servicio. ¿Es que no se ha dado cuenta? Hay doce mesas y este es un restaurante barato. Hay tipos que vienen aquí y se comen seis platos. ¿Y sabe por qué? Porque a lo mejor han estado unos días sin comer. Atrapan un poco de dinero y vienen a gastárselo... ¡Y qué propinas dan!... Cualquiera día me voy a comprar un «Rolls Royce»... El infierno se los lleve a todos. Ahora recuerdo que el hombre canoso dejó un recordatorio...

— ¿Qué cosa?

—Algo que escribió en la cabina telefónica —señaló la que había al fondo—. Vi al pasar que escribía en la pared.

Maurice se levantó.

—Dime qué es lo que escribió.

—Qué risa... Le va a resultar muy sencillo —declaró la muchacha con ironía, y movió la cabeza para que lo acompañara.

Cuando entraron en la cabina, Maurice exhaló el aire que contenía su pecho. Aquello estaba lleno de anotaciones, números.

— ¿Qué le parece, los muy puercos, cómo dejan la pared? —dijo Mary Nelson—. Y la lavo cada dos meses.

— ¿Podrías recordar la posición en que se encontraba cuando lo viste hablando por teléfono?

—Haremos la prueba; póngase usted.

Maurice entró y tomó el auricular.

Mary Nelson se quedó fuera.

—Póngase a la derecha. No, así no, un poco más a la izquierda, inclínese hacia adelante...

Haas levantó la mano derecha, como si fuese a escribir algo. Cabía suponer que Hugo hubiese rellenado la parte que resultaba más cómoda para escribir.

Vio una veintena de nombres y otros tantos números telefónicos, y trazó un círculo, envolviéndolos a todos.

— ¿Qué va a hacer? —preguntó Mary.

—Durante un buen rato, estaré aquí dentro. Vete a la mesa, con la señorita, y sírvele lo que quiera.

Vio alejarle a Mary y marcó el primer número al azar, el que estaba junto al nombre de Kitty.

Descolgaron enseguida.

— ¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Hola, Kitty.

— ¿Quién es usted?

—Un amigo de Hugo.

— ¿Hugo qué más?

—Hugo Copland.

—Eh, oiga, no conozco a nadie que se llame así.

—Él me habló de ti, Kitty.

— ¿De veras? ¿Y de qué color le dijo que tengo el cabello?

—Rubio.

—No acertó, muchacho. Soy morena y ese truco ya es muy viejo. Váyase con su Hugo Copland al infierno.

Dicho esto, la llamada Kitty colgó.

Maurice encogió los hombros y marcó otro número que no estaba acompañado de ningún nombre.

Esta vez le contestó una voz varonil:

— ¿Quién está ahí?

— ¿Cómo le va, muchacho? Tengo un mensaje para usted.

— ¿Quién lo envía?

—Hugo Copland.

— ¿Y quién es Hugo Copland?

—Usted sabe quién es.

—Oiga, ¿ya le pusieron la camisa de fuerza o quiere que avise a los loqueros? —gritó su interlocutor, hiriéndole el tímpano.

Estableció contacto con otros tres hombres y dos mujeres. El resultado fue parecido:

Maurice maldecía para sus adentros. ¿Cómo se le había ocurrido poner en práctica aquella idea? Era absurda. Al fin y al cabo, aunque diese con la persona que conocía a Hugo Copland, no le iba a decir que él era el asesino o que había tenido relación con el difunto, a menos que no tuviese nada que esconder.

Marcó el octavo número que tampoco tenía nombre.

De nuevo oyó a una mujer.

—Hugo Copland me dijo que me pusiese en contacto con usted.

— ¿Cómo?

Notó cierto temblor en la voz de su interlocutora.

—Hugo y yo éramos buenos amigos. Antes de que pasase lo que sabe, habló conmigo acerca de usted.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—Maurice Haas.

—Hugo nunca me habló de usted.

—Quizá no tuvo oportunidad. Seguro que iba a hacerlo cuando le asesinaron.

— ¿Qué dice? ¿Hugo, asesinado?... Está loco.

—Fue así como ocurrieron las cosas. Necesito hablar con usted.

— ¿Para qué?

—Usted debe saber muchas cosas de Hugo. Quiero dar con el hombre que lo mató. Hasta es posible que me pueda informar por qué lo mataron.

—No sé nada.

—Así no ayudará a Hugo.

—Él ya no necesita ayuda.

— ¿Está conforme con su muerte?

—No, claro que no lo estoy.

—Entonces, me ayudará.

—No me obligue, señor Haas, no puedo ayudarle.

— ¿Por qué no?

—Tengo miedo.

— ¿A qué tiene miedo? ¿Quizá a morir como Hugo?

—Sí.

—No se preocupe, yo cuidaré de usted.

— ¿Es acaso de la policía?

—No, no lo soy.

—Entonces, no podrá hacer nada.

—A veces un hombre cualquiera puede hacer más que la policía. Iré a su casa, y usted y yo hablaremos. Luego, la llevaré a un sitio seguro. Ha de tener confianza en mí... Vamos, decídale de una vez. Recuerde que lo hace por Hugo.

—Está bien, señor Haas.

— ¿Cuál es su dirección?

—Calle Mogenthau 242, apartamento 9.

—Estaré ahí dentro de unos minutos.

Al regresar junto a Annie, dijo:

—Quédate aquí un momento.

— ¿Lograste algo?

—Nada, pero me quedé sin cigarrillos.

El joven se dirigió resueltamente a la puerta.

Tenía un mapa de Londres, de modo que le resultó fácil encontrar la calle Mogenthau.

Estacionó el potente «Jaguar» y entró en un edificio de buen aspecto.

Apretó el timbre de la puerta número nueve.

—Adelante —dijo una voz varonil.

Maurice hizo girar el tirador y empujó la puerta.

Vio un pequeño «living». Sentado en un sillón había un tipo gordo que estaba entretenido en cortarse las uñas con unas pequeñas tijeras. Sus dedos eran gordos como morcillas.

Maurice calculó que el tipo debía pesar más de cien kilos.

— ¿Qué quieres, chico? —preguntó, mirándole con una ceja enarcada.

El joven entró en la habitación, cerrando a su espalda.

— ¿Dónde está ella?

— ¿Quién es ella?

—La chica.

— ¿Es algún juego?

Maurice vio al fondo una puerta que estaba cerrada. Pensó que quizá había llegado otra vez tarde. El gordo se le había adelantado y, en ese caso, tras aquella puerta estaría muerta la mujer que le había hablado por teléfono.

Echó a andar hacia el fondo.

—Eh, ¿a dónde vas? —rezongó el gordo.

—Ahí dentro —contestó Maurice, deteniéndose.

— ¿Crees que estás en tu casa?

—Tampoco es la tuya.

— ¿Quién lo ha dicho?

—Yo lo digo.

—Un tipo con muchas agallas, ¿eh?

Maurice le apuntó a la cara.

—Si le has hecho daño, te lo voy a hacer pagar.

El gordo se echó a reír.

—No sé de qué me hablas, muchacho. Aquí no hay nadie. Bueno, solo nosotros dos.

—Estás mintiendo.

— ¿No me cree, eh? Anda, abra la puerta y cerciórese. ¿Qué estás esperando?

Maurice pensó que el gordo quería alejarlo para poder sacar la pistola.

Se acercó lentamente a la puerta, sin perder de vista a su interlocutor.

Hizo girar el tirador y empujó la madera con el pie, igual que había hecho antes,

El gordo no había mentido. Vio un dormitorio, pero en él no descubrió a nadie.

Cerca de un rincón había otra pequeña, puerta. Debía comunicar con el cuarto de baño. Quizá la mujer estaba en la bañera, desangrándose de resultas de un tajó en la garganta.

—Anda, ven aquí —dijo el gordo.

Pensó que la mujer podía estar viviendo todavía y que necesitaría ayuda urgente.

Cruzó el dormitorio y abrió la puerta ubicada cerca del rincón.

Acertó. Aquel era el cuarto de baño, pero también estaba desierto...

Regresó al «living». El gordo no había sacado ninguna pistola. Seguía entretenido cortándose las uñas.

—Anda, muchacho —dijo el tipo sin mirarle—. Dime quién eres tú.

— ¿No lo sabes?

—Claro que no, ¿o es que crees que soy adivino?

—Maurice Haas.

— ¿Y qué viniste a buscar aquí?

Maurice se pasó el dorso de la mano por la mejilla. No le gustaba aquello. Había hablado con la amiga de Hugo por teléfono, y ella le había

dicho que tenía miedo, que podrían, matarla.

¿Y si la habían secuestrado? En ese caso, el gordo formaría parte de la confabulación. Naturalmente, el tipo se había quedado allí para darle la bienvenida, y él sabía qué clase de bienvenida podía ofrecerle.

—Te dije mi nombre, no sé cuál es el tuyo.

—Oscar Red, y también me llaman «El Gordo». ¿Y sabes por qué?

—Porque solo comes espinacas.

—No está mal el chiste. Ahora, ahueca.

—¿Dónde llevasteis a la chica?

—Oye, no vuelvas a empezar otra vez. Vivo aquí solo.

—No vives aquí. Este apartamento no es tuyo, «Gordo». Sé que pertenece a una mujer —señaló con el brazo extendido el teléfono que descansaba en la mesilla de noche del dormitorio—. Estuve hablando con ella hace un rato, me citó aquí y no me entretuve en hacer el viaje.

—Esa mujer te tomó el pelo. Admito que has podido sostener una conversación telefónica con ella, pero te dio una dirección falsa. ¿No has pensado en esa posibilidad? Hay mujeres que son así, les gusta tomar el pelo a los ingenuos como tú.

—No cuela, amigo. Me fijé en el número de teléfono cuando entré ahí dentro. Es el mismo que yo marqué.

«El Gordo» lo miró con ojos entornados.

—Caramba, parece que me pillaste en falta.

—Empieza a hablar, «Gordo». O llevasteis a la chica a alguna parte. Y entérate de una cosa, le dije que la ayudaría. Me aseguró que la podían matar lo mismo que a Hugo Copland y la convencí de que a ella no le pasaría eso. Quiero cumplir mi palabra.

Oscar rio otra vez.

—¿Sabes una cosa? Tuve un maestro cuando era pequeño. Solo me enseñó una cosa, nada más que una, pero vale por todo un tratado. Una vez me dijo: «Nunca te echas sobre los hombros una carga que no puedas llevar». Lindo, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Es lo que te ha pasado a ti, Maurice. Cargaste con un fardo demasiado grande.

Oscar movió las manos rápidamente. Fue increíble, teniendo en cuenta su grasa.

En un segundo tuvo la pistola en la mano, pero en el segundo siguiente, Maurice disparó su pierna derecha.

El arma voló por el aire.

El joven se dejó llevar por su impulso y cayó sobre el gordo.

Aprovechó el viaje para pegarle con el filo de la mano en el cuello, y tuvo la impresión de que la hundía en un saco de harina.

El gordo se puso en pie, gruñendo como un cerdo.

—Te voy a sacar los ojos.

Levantó la zarpa con los dedos arqueados, buscando la cara de Maurice.

Este apartó la cabeza y la zarpa solo le arañó el cuello, pero al sentirla sobre su clavícula tuvo la impresión de que se la quebraban.

Giró y al propio tiempo levantó la rodilla con todas sus fuerzas.

El gordo recibió el rodillazo en el vientre y se dobló en dos mitades, dejando escapar por la boca el oxígeno que contenían sus pulmones.

Maurice le volvió a golpear con el filo de la mano, buscándole ahora la nuez.

El gordo se derrumbó, estrellando la cara contra el suelo.

Quedó como muerto.

Haas se tomó algún tiempo para descansar. Sacó un cigarrillo del paquete y lo prendió con un fósforo. Sabía bien aquel cigarro.

Fue al cuarto de baño y empapó una toalla en agua.

Cuando regresó, el gordo empezaba a moverse.

Golpeó, su rostro con la toalla mojada.

Oscar volvió en sí, soltando maldiciones.

Maurice le apoyó el cañón de la pistola en la frente.

—Hola, «Gordo». ¿Qué tal fue el viaje?

—Maldito perro...

—No me gustan tus maneras. Corrígete pronto o te faltará tiempo.

— ¿Qué quieres?

—Me lo vas a contar todo.

—No hay nada que decir.

Maurice arqueó el dedo en el gatillo.

—Escucha bien esto, «Gordo». Eres basura y, si hago un agujero en tu cabezota, seguro que muchas personas me van a dar las gracias sin conocerme.

—No dispaes.

—Eso va a depender de ti.

— ¿Quién es tu patrón?

—Geoffrey Drake.

— ¿Por qué viniste aquí?

—Él me mandó. Solo tenía que retirarte de la circulación. Todo ha sido culpa mía, me entretuve demasiado.

— ¿Dónde está la chica?

—Y yo qué sé. Cuando llegué aquí no había nadie.

—No puedo creer eso.

—Te juro que te digo la verdad. No había nadie.

—Volvamos a Geoffrey Drake. Quisiera hablar con él. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—Es difícil de ver.

—Me tiene sin cuidado si es fácil o difícil. Va a ser cuenta mía el verlo. ¿Dónde está Geoffrey Drake?

Por la cara de Oscar resbalaron ríos de sudor.

—Si te lo digo, el jefe me va a colgar de los índices.

—No tendrá necesidad de eso, si te callas. Geoffrey Drake preparó la muerte de Hugo Copland.

—No sé nada de eso.

—También Geoffrey Drake es culpable de la muerte de Frank Allen.

—Ni siquiera sé quién es Frank Allen.

—¿No lo sabes? Seguro que lo visitaste para ponerle el veneno.

—¿De qué veneno me hablas? No sé una palabra de eso. Debes estar chiflado.

Una voz femenina dijo a espaldas de Maurice:

—Te estoy apuntando con una pistola. Deja caer ese arma o te mando al infierno.

CAPÍTULO VI

Maurice volvió la cabeza.

En el umbral había una mujer bonita y joven, cabello y ojos negros. Se cubría con una blusa blanca y falda negra. Poseía unas piernas perfectas y calzaba los pies con zapatos de tacones altos.

—Te dije que dejases esa pistola.

Maurice abrió la mano y dejó caer el arma. Había identificado la voz de la mujer. Era ella la que le había respondido por teléfono, la que lo había citado allí, la que tenía miedo.

Observó sus rojos labios entreabiertos en una sonrisa.

—Nena, es al gordo a quien tienes que apuntar.

—¿Sí?

—Te di mi palabra y vine en tu ayuda, ya no tienes que temer nada.

La joven puso un brazo en jarras y dijo sin dejar de sonreír:

—No he sabido lo que es miedo desde que a los seis años intentaron asustarme con el «coco» y rompí la cabezota a mi tío de un botellazo.

—De modo que todo fue una trampa. Me atrajiste aquí, y apenas colgaste llamaste al gordo, ¿o fue a otra persona?

—Eres un chico muy juicioso sacando conclusiones.

Oscar se levantó y de pronto disparó su puño.

Quiso atrapar a Maurice descuidado, pero no lo consiguió.

Haas hizo una flexión con el cuello y burló el puño de su antagonista.

Levantó otra vez la rodilla y ahora alcanzó el estómago de Oscar.

El gordo se tambaleó contra la pared, pero no llegó a caer. Se revolvió con los ojos congestionados, la boca temblorosa.

—Eh, chica, dile que se esté quieto —habló Maurice.

El gordo sacudió la cabeza.

—No me voy a estar quieto. Nadie va a impedir que te deshaga con mis manos, y eso va a ocurrir ahora.

Avanzó sobre Maurice, el cual miró a la chica.

— ¿Es que lo vas a dejar? Dile que se esté quieto.

— Soy yo quien da las órdenes.

— Gracias, nena —dijo Oscar.

El gordo se detuvo y retrocedió dos pasos. Su cara, un segundo antes airada, reflejaba el mayor asombro porque la muchacha había disparado sobre él.

Se miró el pecho. En su camisa blanca había una rosa de sangre.

— Elsa... —dijo—. ¿Qué has hecho, maldita?

— Darte tu premio por lo bien que hiciste tu trabajo. Si no hubiese sido por mí, este muchachito habría conseguido lo que se proponía.

— Te mataré, Elsa... Te voy a matar...

El gordo dio unos pasos hacia la joven, pero le fallaron las fuerzas y cayó en el suelo, rodando hasta quedar boca arriba.

En la habitación se había hecho un silencio.

Maurice caminó hacia la joven.

— Bien hecho, nena. En esta vida cada cual recibe su merecido, tarde o temprano. Esto merece un beso.

— Si no te paras, hay otra bala para ti.

Maurice se detuvo, porque acababa de ver con qué facilidad la morena apretaba el gatillo.

— Solo quería mostrarme generoso.

— Guarda tus besos para la otra.

— ¿Quién es la otra?

— Annie Bernard.

— Vaya, parece que seguimos ahora el buen camino; todos nos conocemos.

— Por muy poco tiempo.

— Eh, nena, ¿qué te he hecho yo?

—Husmear donde no debías.

—Soy solo un modesto taxista de París.

—Debiste continuar conduciendo tu taxi.

—El cambio fue muy pequeño, me contrataron para conducir un «Jaguar» por unos días.

—Para ti el cambio, va a ser muy grande. Estabas vivo y muy pronto estarás muerto.

—Te pones muy fúnebre, preciosa, y eso no va con tu belleza.

—No me gustan los requiebros en horas de trabajo.

—Oh, perdona, ya sé que eres sepulturera, pero de vez en cuando viene bien un chiste.

—Vas a hacer compañía al «Gordo» —la joven levantó la pistola.

—Eh, espera un momento.

—¿Qué buscas ahora?

—Vosotros queréis la casa que Annie heredó de su hermanastro. Yo os la puedo proporcionar sin necesidad de tantos rodeos como estáis dando. La chica me tiene confianza. Si yo le digo que venda, lo hará. Y hasta le puedo decir el nombre del comprador, por ejemplo Geoffrey Drake.

—Eres un engañabobos.

—Estoy hablando en serio.

—Pero yo no soy la tonta que te va a creer.

—¿Por qué no consultas a Geoffrey? Ya verás como le parece bien mi propuesta.

—No hay nada que consultar.

La joven apuntó al pecho de Maurice.

—Buen viaje, hermano —dijo, doblando el dedo en el gatillo.

* * *

Annie estaba intranquila. Ya hacía rato que Maurice se había marchado y no regresaba.

—Eh, Mary —llamó a la camarera cuando pasó por su lado—. ¿A dónde fue mi acompañante? Dijo que por cigarrillos. Pero no creo que vaya a hacer provisión para los próximos cinco años.

Mary Nelson se encogió de hombros.

—Hizo unas cuantas llamadas desde la cabina. Quizá consiguió una cita con alguna chica.

Mary se alejó para atender a otros clientes.

Annie sacó un cigarrillo del bolso y se disponía a prenderlo cuando una mano le alargó la llama de un encendedor.

La muchacha alzó los ojos y vio a un hombre que le sonreía. Frisaba en los cuarenta y cinco años y era de cabello y bigote blanco y mejillas sonrosadas.

La joven encendió el cigarrillo y dijo, mientras arrojaba el humo:

—Gracias.

—No hay de qué, señorita Bernard.

—¿Me conoce?

—Sí. No puede ser otra que usted, ya que su amigo Maurice me dio su descripción y me dijo en que mesa la encontraría.

—¿Por qué Maurice le dijo eso?

—Quiere que vaya a su lado.

—¿Le ocurrió algo a él?

—Un pequeño accidente, nada de gravedad.

Annie sintió que el corazón le golpeaba muy fuerte en las costillas.

—No le creo una sola palabra. A Maurice no le puede pasar nada. Usted trabaja para «ellos».

—¿Quiénes son ellos?

—Ahora mismo llamaré a la policía, y lo resolverán todo.

La joven se puso en pie para ir a la cabina telefónica, pero el hombre la tomó, por el brazo.

—Quieta, señorita Bernard.

Tenía la otra mano en el bolsillo, y este le abultaba mucho.

—Sea buena chica.

—¿Qué quiere?

—Va a venir conmigo.

—¿A dónde?

—Al lugar donde la está, esperando su amigo Maurice. ¿Estamos de acuerdo?

Annie tragó saliva.

—Está bien, iré con usted.

—Eso está mejor, señorita.

—Suélteme, he de pagar.

—No se preocupe por eso, yo la invito.

El hombre dejó unos billetes encima de la mesa. Luego volvió a tomar a la joven del brazo y la empujó hacia la puerta.

Mary Nelson se interpuso en su camino.

—Eso sí que está bien —dijo—. Llega con un buen mozo y lo planta para irse con otro... Cada día hay menos vergüenza en el mundo.

Annie fue a replicar, pero el hombre de cabello blanco la empujó otra vez hacia la puerta.

Salieron a la calle y entraron en el asiento posterior de un coche negro. Al volante había un hombre con gafas negras, el cual volvió la cabeza. Mostraba una cicatriz en el mentón.

—¿Todo bien, Cornel?

—Sí, señor Drake. La chica fue obediente como una ovejita.

Annie dio un respingo.

—De modo que usted es Drake.

—Sí, soy yo.

—Pues le diré una cosa, señor Drake. No me gustan los medios que ha puesto en práctica para conseguir que le venda mi casa. Así no la tendrá nunca.

El hombre de las gafas negras sonrió.

—Hubiese preferido permanecer en el anonimato, señorita Bernard, pero se ha puesto usted muy pesada. Le hice una buena oferta por su casa. Debíó conformarse con los setenta y cinco mil francos que le envié por medio del señor Shell.

—No me interesan.

—Tendrá que hacerlo.

Drake puso en marcha el automóvil, que empezó a deslizarse por la calle.

—¿A dónde vamos? —preguntó Annie.

Ninguno de ellos le contestó.

—¿Saben que esto es un secuestro, uno de los delitos más penados por la Ley?

El individuo de cabello blanco hizo chascar la lengua.

—Mire cómo tiemblo, señorita Bernard. Me ha puesto la carne de gallina.

Poco después, Drake estacionaba el coche ante un edificio de apartamentos.

Subieron en el ascensor y el propio Drake abrió la puerta marcada con el número 9.

Annie dio un grito al ver a una joven morena que apuntaba con una pistola a Maurice y al cual decía:

—Buen viaje, hermano.

—No tires, Elsa —dijo Drake.

El último en entrar fue el hombre del cabello blanco, el cual cerró la puerta.

—Annie —dijo Maurice—. ¿Te han hecho daño?

—No.

— ¿Quiénes son?

—El de las gafas, Geoffrey Drake.

Maurice se dirigió a Drake:

— ¿Quiere acabar de una vez con esta carnavalada?

Annie gritó otra vez al descubrir al hombre gordo que estaba en el suelo.

Drake dio dos pasos hacia la joven llamada Elsa.

— ¿Lo liquidó él?

—No, fui yo.

— ¿Por qué?

—Supuse que te gustaría que acabase con Oscar, por no haber retirado de la circulación a Maurice.

Geoffrey Drake hizo una señal a Cornel, el cual se dirigió al mueble bar y preparó un whisky.

—Siéntense —dijo Drake a los dos prisioneros mientras señalaba un diván.

Annie y Maurice se sentaron juntos, mientras Drake bebía un trago de whisky.

—Ahora me venderá la casa, señorita Bernard.

—Lo haré con una condición.

— ¿Cuál?

—Que me explique por qué tiene tanto interés en comprarla.

—Hay cosas que no se pueden contar, señorita Bernard.

—Entonces, no le venderé.

Elsa intervino:

—Déjala de mi cuenta, Geoffrey. En un par de minutos cambiará de opinión, y te aseguro que te va a resultar gratis.

Drake miró el contenido de su vaso al trasluz.

— ¿Ha oído a Elsa? Es una chica muy impulsiva... No le gusta que haya más mujeres bonitas que ella. Por eso, cuando tiene una oportunidad y se

encuentra con una rival, se preocupa mucho de, arruinar su hermosura. Le aseguro que maneja bien el cuchillo. Con un par de tajos le arreglaría la cara de tal forma que no podrían ayudarle mucho los expertos en cirugía estética.

—Solo pretende meterme miedo.

—No. Le aseguro que no.

Elsa se había acercado a un armario. Dejó la pistola y abrió un cajón, donde introdujo la mano. Al sacarla sonó un chasquido y apareció entre sus dedos una navaja de resorte. La hoja de acero brilló como la plata.

Echó a andar hacia el diván.

Maurice dejó oír su voz:

—Eh, señor Drake, no puede consentir esto.

—Es cosa de ella. Si vende la casa, continuará mostrando al mundo su bonita cara.

Maurice no estaba muy seguro de que el asunto acabase bien para Annie y para él. Aunque la chica accediese a vender su casa, Geoffrey Drake no estaría dispuesto a dejarlos vivos.

—Annie —dijo—. Creo que debes atender el ruego del señor Drake. Véndeles de una vez esa condenada casa.

—Sí, Maurice. Ya veo que no existe otra solución.

Drake sacó unos papeles, del bolsillo, que arrojó, sobre el regazo de Maurice.

Cornel alargó una pluma estilográfica a la joven.

—Anda, firma.

—¿Dónde?

—Abajo.

De pronto, las cosas ocurrieron muy aprisa. Una puerta se abrió y un hombre irrumpió en la estancia con una gran pistola y dijo:

—A vuestra salud, cerdos.

Se puso a disparar como un loco.

Cornel recibió las primeras balas y se derrumbó sobre Maurice.

Este reaccionó enseguida. Sacó la pistola bajo la axila de Cornel e hizo fuego sobre el individuo que estaba repartiendo plomo a discreción.

El desconocido había alcanzado ya con sus mortíferas balas a Elsa y a Geoffrey Drake cuando recibió dos abejorros de plomo en el pecho. Se tambaleó y se vino al suelo.

Annie estaba hecha un ovillo sobre el diván. Justamente sobre su cabeza había tres orificios de bala.

— ¿Te encuentras bien, Annie?

—Sí, pero es como si estuviese viviendo una pesadilla...

Geoffrey Drake estaba en el suelo, boca arriba. Un proyectil le había partido las gafas por la mitad y luego le hizo un agujero en el mismo puente de la nariz.

Elsa tampoco se movía. Y era lógico, porque mostraba tres orificios en la garganta.

—Hay que marcharse de aquí —dijo el taxista, ayudando a la joven a ponerse en pie.

Maurice vio que el desconocido se movía. Acudió a su lado y le pegó un puntapié a la pistola que conservaba en la mano.

El sujeto podía tener veintitrés o veinticuatro años, y era de cabello rojizo, cara ancha y nariz chata.

—Chico, estás en las últimas, pero te buscaré un doctor a cambio de que digas quién te mandó.

—Donald Hooper... Iba a ganar mucho... Me prometió una cuarta parte del millón de dólares...

— ¿Dónde está el millón de dólares?

—En la casa de Stonehaven... Una cuarta parte de un millón... Iba a volver a los Estados Unidos... Qué hermoso futuro en Miami... Mis dos rubias...

Dobló la cabeza exhalando la última ración de oxígeno que contenía su pecho.

Maurice le puso la mano en el corazón para comprobar que había dejado de latir.

—Vámonos antes de que acuda la policía. El tiroteo debe haber sido escuchado en Trafalgar Square.

Cuando bajaban la escalera se oyó una voz arriba:

—Eh, ustedes, ¿qué ha pasado?

Pero Annie y Maurice no se detuvieron. Salieron a la calle y movieron las piernas muy aprisa para alejarse del edificio, cuyo apartamento número 9 había quedado convertido en un panteón.

—Un millón de dólares —dijo Annie—. Y está en, la casa de Stonehaven.

—Sí, tenía que ser eso... Pero no esperaba que fuese tanto.

—Si ellos saben que el dinero está en la casa, ¿por qué no han entrado allí, sin necesidad de comprarla?

—Quizá porque se necesitará mucho tiempo para hallarlo... Espera un momento... Hablaste de que uno de los sótanos se había derrumbado...

—¿Supones que bajo los escombros se encuentra el dinero?

—Esa sería una buena respuesta. Si hay toneladas de rocas, serán necesarios procedimientos mecánicos para llegar hasta el lugar donde se encuentra el dinero, lo cual implicaría ser el propietario de la casa para realizar ese trabajo.

—Sí, creo que esa es la respuesta.

—¿Cuál será el origen de ese millón de dólares?

—Las apuestas están por aquel servicio especial de emergencia que Hugo y Jake Mac Levy hicieron a Rumania.

—Estoy de acuerdo contigo:

—Ahora solo podemos hacer una cosa, ir a Stonehaven.

—Iremos. Nos pondremos en camino en cuanto volvamos al restaurante donde dejamos el «Jaguar».

—No tenemos nada que temer de Geoffrey Drake.

—Sí, pero queda Donald Hooper, el hombre de la pierna ortopédica. Contrató a Lewis Cardelec y al gorila llamado Paul, en Berlín.

Maurice detuvo a la joven, tomándola del brazo.

— ¿Sigues queriendo ir a Stonehaven?

—Desde luego. ¿Y tú?

—Ahora más que nunca.

—Te entiendo. Es tu diez por ciento lo que te mueve ahora.

—Sí, nena, no está nada mal un diez por ciento de un millón de dólares. Habrá cien mil para mí.

— ¿Solo es eso lo que te mueve? ¿El deseo de ganar ese dinero?

—Bueno, hay algo más.

— ¿El qué?

—Tú.

— ¿Esperas que te crea?

— ¿Por qué no has de creerme? Soy sincero. Empiezo a sentir algo por ti.

—Oh, sí, lo has empezado a sentir desde que ese hombre habló del millón de dólares. De pronto te has encontrado con una chica a la que, después de pagarte cien mil dólares, le quedarán novecientos mil. No soy mal partido, ¿eh?

— ¿Por qué eres tan materialista, Annie? En primer lugar, todavía no tenemos el dinero. No te ilusiones demasiado. Es posible que tampoco nosotros logremos apoderarnos de la bolsa. Y suponiendo que llevemos a cabo el trabajo con éxito, no considero atractivo el matrimonio ni siquiera con una mujer con novecientos mil dólares, especialmente cuando, sin necesidad de casarme, yo también voy a ser rico.

—Egoísta.

—Las mujeres sois estupendas. Tenéis respuesta para todo. Pero no es el momento más oportuno para que tú y yo discutamos. ¿Y si nos ocurre lo mismo que a la lechera de la fábula? En camino, muchacha. Nos espera un largo viaje hasta Stonehaven.

CAPÍTULO VII

El abogado Stuart Mason resultó ser un hombre de unos sesenta años con muy poco pelo en la cabeza, y ojos pequeños que observaban a sus dos visitantes por encima de sus gafas de miope.

—No, señorita Bernard —contestó a la pregunta que le había dirigido Annie—. No conozco a nadie que esté interesado por su casa. Cuando la vea comprenderá el porqué; está muy alejada, en un lugar inhóspito cerca de la costa, siempre azotada por el viento. No quiero asustarla, pero, como se enterará por ahí tarde o temprano, es mejor que la informe.

— ¿Respecto a qué, señor Mason?

—Ya sabe cómo son los aldeanos. A pesar de que estamos en la segunda mitad del siglo XX, muchos de ellos creen en las supersticiones. Se dice que la casa que usted ha heredado está embrujada. Todos los sábados, a la medianoche, almas en pena recorren las habitaciones del interior de la mansión.

—Pues llegamos a tiempo —dijo Annie—, porque hoy es sábado.

—No le aconsejo que pase la noche allí, señorita.

— ¿Por qué? ¿También cree usted en las almas en pena?

—En absoluto, señorita, pero cuando estuve allí hace unos días para hacer el inventario, encontré mucho polvo... Naturalmente, si usted me hubiese anunciado su visita por, carta, yo me hubiera preocupado en enviar a alguien para que hiciese la limpieza... Por eso le aconsejo que se quede en un hotel hasta que la casa esté en condiciones de ser habitada.

—Perdón, señor Mason, quizá regrese esta noche al pueblo para hospedarme en el hotel.

Mason abrió un cajón y extrajo un llavero.

—Aquí tiene. La más grande es la que abre la casa. Las otras cinco pertenecen a las habitaciones, pero no, sé indicarle a cuál de ellas. Tendrá que probar hasta dar con la que necesita.

—Gracias por todo, señor Mason.

—Estoy a su disposición, señorita Bernard.

—Quisiera que me hablase de Hugo.

—No tenía muchos amigos.

—¿Por qué? Me habían dicho que su carácter era jovial.

—¿Jovial? Oh, no, señorita. Hugo Copland vivía en Stonehaven completamente aislado. Muy rara vez se dejaba caer por el pueblo y, cuando lo hacía, no despegaba los labios.

—¿No vivía nadie con él en la casa?

—Nadie. Pero había contratado los servicios de la señora Malcomb, una mujer de cincuenta y cinco años, para que le hiciese la limpieza. Pagaba muy bien a la señora Malcomb porque nadie quería ir allí. Ella se daba mucha prisa en terminar su trabajo para regresar al pueblo antes de que cayese la noche.

—¿Dónde fue enterrado Hugo?

—En el cementerio particular de la casa. Hay tumbas que tienen hasta quinientos años... Disculpe, creo que no debía hablarle de eso.

—No se preocupe, no soy supersticiosa. ¿Dónde ocurrió el accidente?

—A mitad de camino entre la casa y el pueblo.

—Imagino que intervendría la policía local.

—Sí, señorita Bernard.

—¿Cuál fue el informe oficial?

—Un fallo de frenos. La carretera es sinuosa, no muy ancha, y se desliza por el acantilado. Ya sabe, a uno de los lados está el mar. La sima tiene una profundidad de treinta metros.

Annie sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Le habló de mí Hugo en alguna ocasión?

—No. Yo ignoraba su existencia.

—¿Cuándo le entregó el testamento?

—Tres días antes del accidente.

—¿Vino él aquí?

—Sí, estuvo sentado ahí mismo, donde se halla usted.

Annie dio un pequeño respingo, e instintivamente, apartó el brazo del sillón.

Maurice hizo la pregunta que le quemaba los labios:

— ¿Desde cuándo conocía a Hugo, señor Mason?

—Hace ya muchos años, puede que doce o trece, no lo recuerdo exactamente.

— ¿La casa era una herencia de Hugo?

—No. La compró. La casa pertenecía a la familia de los Wooller. En la familia hay duques, condes... Solo quedaba lady Wooller, sin hijos, y había puesto en venta la casa, anunciándolo en algunos diarios de Londres. Yo había sido encargado de hacer la operación, y recibí una carta de Hugo Copland. Poco tiempo después vino él, vio la casa y encontró conforme el precio.

— ¿Cuánto pagó por ella?

—Una cantidad equivalente a cincuenta mil francos de ahora.

—Imagino que Hugo traería alguna vez invitados de Londres.

—No, nunca lo hizo.

—Quizá los tuvo, sin que usted lo supiese.

—Nadie en el pueblo ha hablado de que Hugo hubiese recibido ningún visitante, o al menos, yo no tengo noticias a ese respecto.

Maurice y Annie se pusieron en pie, dando por terminada la visita.

—El abogado los acompañó hasta el vestíbulo.

—Señorita Bernard, naturalmente no es mi intención asustarla, pero insisto en que debía pasar la noche en el pueblo.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

* * *

Ya habían llegado a la casa de Stonehaven, la que Hugo Copland había dejado en herencia a Annie.

Ofrecía un tétrico aspecto, sobre una pequeña colina, pero muy cerca de la costa. Desde allí se veía un mar encrespado batiendo los islotes, que emergían sobre la superficie como negras manos de extraños monstruos.

El viento azotaba aquel lugar, arrancando gemidos de las rocas.

—Tu hermanastro tenía mucho gusto —comentó Maurice—. Este es un lugar como para abrir un club nocturno. Entremos.

La casa estaba circundada por un jardín, rodeado por un muro.

A un lado y otro del camino se arrastraban por doquier plantas de hojas carnosas. Pisaron algunas, que reventaron manchando sus zapatos de agua.

Maurice abrió la puerta del jardín, que crujió siniestramente.

En realidad, no había tal jardín. Los rosales que se había pretendido cultivar estaban secos y también lo estaban algunos arbustos. En aquella tierra solo podían crecer las mismas plantas que habían hollado antes con sus pies. Sus largas ramas provistas de preñadas hojas, se deslizaban por todas partes. Ahora, más cerca de los muros de la casa, la vieron casi cubierta por un musgo de un verde oscuro, tan intenso que parecía negro.

Cinco escalones conducían a un porche.

Maurice abrió la puerta.

El polvo cubría el piso de madera.

Se encontraron en un amplio vestíbulo a cuyo final se iniciaba una escalera de caracol, la cual conducía a la parte superior del edificio.

En las paredes había cuadros de personajes. En algunos resultaba irreconocible la figura que había sido pintada, pues se habían ido borrando con el transcurso de los siglos.

Pasaron a una habitación que había a la derecha: la biblioteca. Era confortable, con estanterías llenas de legajos y libros encuadernados en piel. Al fondo, sobre la pared, vieron un cuadro de un personaje isabelino, siniestro en su cara porque cubría un ojo con un trapo negro.

Era el primer conde de Wooller, como rezaba al pie. En el hogar de las chimeneas había unos leños ennegrecidos.

—Esto necesita un poco de ventilación —dijo Maurice, y abrió una ventana.

Por el hueco se coló el ruido del oleaje que batía el acantilado.

—Creo que el señor Mason tenía razón, Annie. Tendremos que quedarnos en el hotel.

—No pienso, hacer tal cosa.

—Está bien, como quieras. Sólo lo decía por si todo esto te produce insomnio.

—Estoy segura de que dormiré a pierna suelta. Anda, vamos a ver ese famoso sótano derrumbado.

Salieron otra vez al vestíbulo y cruzaron por un corredor que los condujo a una amplia cocina, la cual contaba con un pesado frigorífico.

A la derecha había una puerta con clavos de enorme cabeza.

Maurice utilizó la llave adecuada y, al abrir la puerta, un vaho de humedad les azotó el rostro.

—Imagino que debe haber luz aquí —dijo Haas, observando la negra boca.

Tanteó la pared hasta encontrar el conmutador. Abajo, se encendió una bombilla.

Descendieron por la escalera que los condujo a una mazmorra con argollas en los muros, de las que colgaban todavía cadenas.

—Muy bonito —dijo Annie—. Me gustaría saber cuántas víctimas pasaron por este lugar... Eh, Maurice, mira allí.

Estaba señalando un hueco, a cuyo comienzo se veían algunas piedras.

Se acercaron a aquel punto, pero también estaba muy oscuro.

—Este es el pasadizo hundido, Annie.

—Y bajo esas piedras hay un millón de dólares.

—Eh, aquí hay una antorcha.

Estaba en el suelo, y Maurice la tomó, prendiéndole fuego con un fósforo.

Dieron unos pasos por el interior del pasadizo, pero enseguida tuvieron que detenerse porque las rocas cubrían completamente el agujero.

—Se acabó el paseo —dijo Maurice.

—Estaba pensando en una cosa. ¿Y si sacamos todas estas rocas y nos encontramos con que no está el millón de dólares?

—Sería muy divertido.

— ¿Cuánto crees que costará despejar esto?

—Unos cuantos hombres, vehículos y mucho dinero. Ahora está claro, Annie. Por eso tenían que comprar la casa. Puede tardarse semanas o meses en limpiarlo todo. Un hombre solo invertiría unos años de su vida en dejar libre el túnel.

—No pintas un panorama muy optimista.

—Oye, somos socios en esto, y tengo algún dinero ahorrado, unos cinco mil francos. Los invertiré para llegar hasta la bolsa de la plata.

—Volvamos a la cocina, se me ha abierto el apetito.

Llevaban una bolsa con provisiones que habían dejado arriba.

Salieron del sótano y Maurice apagó la luz. Mientras Annie sacaba unos bocadillos de la bolsa, él se acercó a una ventana y miró fuera.

La muchacha vio cómo Maurice daba un salto, arrimándose a la pared.

— ¿Qué pasa? —preguntó la joven.

—Un hombre... ahí fuera... Y cojea...

— ¡El hombre de la pierna ortopédica! ¡Donald Hooper!

—Es posible.

— ¿Está solo?

—Sí, pero, si es él, ha debido venir acompañado.

— ¡Nos han rodeado, Maurice!

—Quizá —asintió él, sacando la pistola que guardaba como recuerdo de la matanza de la calle Mogenthau.

—Hemos sido unos temerarios al venir solos.

— ¿Ahora piensas eso?

— ¿Dónde está ese hombre?

—Junto a la verja del jardín.

De pronto, llamaron a la puerta, cerca de la ventana.

La joven lanzó un grito y se cubrió la boca con la mano.

Luego hubo un silencio.

— ¿Quién es? —preguntó Maurice.

—Eh, ¿quién anda ahí?

—Yo pregunté primero, amigo.

—Soy Tony Driscoll, el sepulturero de Stonehaven. Vine a arreglar unas tumbas y los vi de lejos. No tienen derecho a estar ahí.

—Oiga, amigo, me creo lo de sepulturero, pero no es el de Stonehaven. Usted es Donald Hooper.

— ¿De qué está hablando? Soy Tony Driscoll.

Maurice se acercó a la puerta.

— ¿Vas a abrir? —preguntó Annie.

—Correré ese riesgo.

Abrió la puerta y saltó al hueco con la pistola en la mano.

El hombre que estaba al otro lado desorbitó los ojos al ver el arma.

—Eh, no dispare.

Maurice lo observó atentamente. Podría estar por los cincuenta años y era de mediana estatura, cara atezada, ojos azules.

— ¿Qué le pasa en la pierna?

—Me pegaron un tiro durante la guerra.

—Ande, quítesela.

— ¿Qué?

—Que se quite la pierna.

— ¿Está chiflado? Es mía y de nadie más.

—Es ortopédica, Hooper.

— ¿Por qué se empeña en que soy Hooper? Puede preguntar en el pueblo. Nací y me crié aquí, en Stonehaven...

Maurice estuvo dispuesto a creer a aquel hombre. Su vestimenta era oscura, chaqueta y pantalón de pana.

— ¿Conocía a Hugo Copland?

—Claro que lo conocí, y esta era su casa.

—Ahora es de su heredera.

— ¿Dónde está su heredera?

—Pase, Driscoll.

—No lo haré, si no deja de apuntarme.

Maurice bajó el brazo armado.

—Está bien.

Tony Driscoll soltó un gruñido y se introdujo en la casa. Miró con el ceño fruncido a la muchacha.

—Es Annie Bernard, y yo, Maurice Haas.

—Celebro conocerla, señorita Bernard, aunque espero que esté poco tiempo por aquí.

— ¿Por qué lo espera?

—Bueno, imagino que no le gustará vivir en un sitio como este.

—Siempre me encantó tener una casa junto al mar.

— ¿En este trozo de la costa, señorita Bernard?

—Sí, creo que es justamente lo que yo había soñado.

Driscoll se rascó por detrás de una oreja.

—No quiero ser inoportuno, pero, ¿no tendrán un trago por ahí? El señor Copland me ofrecía un vaso de whisky cada vez que me acercaba.

— ¿Venía con frecuencia? —inquirió Annie.

—Un par de veces a la semana.

—Me dijeron que mi hermanastro no tenía ningún amigo.

—En eso llevan razón. Su único amigo era yo, pero en el pueblo nadie lo sabía. El señor Copland me rogó que no hablase de ello, y yo acepté su sugerencia... Bueno, no me cuesta ningún trabajo hablar con la gente. Son

ellos los que no quieren saber nada de mí... ¿Y todo por qué? Porque soy sepulturero.

—A propósito —declaró Maurice—, ¿qué me dice de las almas en pena?

— ¿Se refiere a las de la casa?

—Seguro.

Tony Driscoll rio.

—Bueno, le voy a decir una cosa, yo nunca visitaba al señor Copland los sábados después de las seis de la tarde.

—De modo que también usted cree que las almas vagan por esta casa.

—Yo no digo que vaguen o dejen de vagar, pero siempre he tenido un poco de aprensión a estos viejos muros.

—Naturalmente, cuando tiene aprensión se queda en el cementerio.

—Son cosas distintas. Yo conozco el cementerio como la palma de mi mano y sé que los que estén allí no salen nunca... No, le aseguro que no... Usted me entiende, uno se acostumbra al lugar donde trabaja y vive...

—Le comprendo, Driscoll.

— ¿Qué hay de ese whisky?

—Oh, sí, perdone —Maurice sacó una botella que estaba recién empezada.

El viejo tomó un vaso del escurridero y lo enjuagó.

Maurice le alargó la botella y el propio Driscoll se sirvió una copiosa ración. Bebió un trago e hizo chascar la lengua.

—Es bueno, como el del señor Copland.

—Volviendo al señor Copland, ¿qué le parecía Hugo?

—Un tipo estupendo.

—Seguro que le contó alguna de sus aventuras.

—Desde luego, fue piloto durante la guerra y tenía muchas cosas que contar... Infiernos, el señor tenía más vidas que un gato... En tres o cuatro ocasiones, los alemanes estuvieron a punto de rebanarle la nuez, pero él siempre se libró... Un tipo inteligente, sí, señor.

—Apuesto a que le habló de su aventura en Rumania.

Tony Driscoll iba a beber un trago, pero detuvo el vaso camino de sus labios.

Aquel efecto solo duró un segundo, luego bebió tranquilamente.

— ¿Cómo ha dicho?

—Rumania.

—Sí, creo que le pasó algo allí, pero no recuerdo, me falla un poco la memoria, bueno, quiero decir que confundo las aventuras...

Maurice miró a Annie y esta dijo:

—Hugo me escribió cierta vez contándome lo de Rumania. Fue su aventura más peligrosa. Él y Jake Mac Levy corrieron muchos peligros en aquel valle situado en tierra enemiga.

Tony miraba a la joven con los labios entreabiertos.

—Sí; fue duro —terminó de beber el contenido de su vaso—. Bueno, ya me marchó...

—Puede volver por aquí cuando quiera.

— ¿Quiere decir que se van a quedar?

—Sí, ¿por qué?

—Creí que no dormirían en la casa; debe haber mucho polvo.

—Contrataremos a la señora Malcomb. Iré al pueblo mañana para hablar con ella. Ella podrá dejarlo todo listo con un par de días de trabajo.

—Tuve mucho gusto en hablar con ustedes. No tendré más remedio que dejarme caer por aquí, si continúan comprando tan buen whisky... Hasta la vista, amigos.

Salió de la cocina y cerró la puerta.

Maurice se acercó a la ventana y le vio marchar.

— ¿Cuál es tu impresión, Maurice? ¿Crees que sabe algo más de lo que nos ha dicho?

—Sí, su forma de reaccionar cuando le hablé de la aventura de Rumania parece indicar que está al corriente de algo que no quiere decir.

— ¿No será él Donald Hooper?

—No lo creo capaz de haber ido a Berlín para contratar a Cardelec y Paul. Sus ojos son astutos, pero apuesto a que este hombre no se ha movido de aquí desde que murió tu hermanastro No, Donald Hopper es otra persona.

El viento ahora aullaba al chocar contra las paredes de la casa.

—Será mejor que echemos un vistazo arriba —dijo Maurice—. Si te parece, dormiremos en habitaciones contiguas.

—No podría hacerlo de otra forma.

— ¿Vas a decir ahora que tienes miedo?

—Claro; no me negarás que la casa impone un poco.

—Sí, desde luego —sonrió Maurice—. Anda, vamos.

Subieron por la escalera al piso alto.

Visitaron seis habitaciones y eligieron dos que parecían estar más cuidadas. Uno de los dormitorios debía haber sido utilizado por Copland.

—Da la impresión de que aquí han dormido dos personas —dijo Annie.

—Quizá Hugo alternaba una cama con otra.

—No creo que Driscoll se quedase a dormir.

Annie abrió un armario.

—Eh, Maurice, mira esto —sacó unas prendas íntimas de mujer—. Todavía conservan el perfume.

—Vaya con Hugo.

—Pero nos dijeron que aquí no había venido nadie...

—Quizá la señora Malcomb.

—No lo creo. La señora Malcomb tiene cincuenta y cinco años.

—El amor no conoce barreras de edad.

—Entonces, otra mujer fue la asesina.

— ¿Qué estás pensando?

—Quizá una mujer llegó a la casa el día en que murió Hugo. Le pidió asilo durante la tormenta.

— ¿Y si no hubo tormenta?

—No seas tonto, no me interrumpas. Hugo la admitió y le dio este dormitorio.

—Sé por dónde vas. Hugo se durmió y, mientras tanto, ella bajó a la cochera y preparó los frenos para que Hugo se pegase al día siguiente el gran tortazo.

— ¿Por qué no pudo pasar así?

—Demasiado complicado. Esa mujer se arriesgaba a ser vista... Pero cambian un poco las cosas si pensamos que aquí no vivía Hugo solo, sino con una mujer. Eso explicaría por qué hacía su vida retirada.

— ¿Qué mujer podría aceptar esa clase de vida?

—Una mujer enamorada.

—Hay alguien capaz de responder a estas preguntas.

—Tony Driscoll.

—Sí, Maurice. Pero quizá haya otra. La señora Malcomb. Mañana, durante mi visita trataremos de sonsacarla. Ella tiene que saber si había aquí otra persona, a menos que Hugo la escondiese mientras la señora Malcomb limpiaba la casa.

—Le habría bastado con meterla en el sótano.

— ¿Supones que ella huyó después, del accidente o vas a decir que encontró el millón de dólares y que, por lo tanto, no está entre las piedras?

Maurice se volvió hacia la puerta,

— ¡El frigorífico!

— ¿Qué pasa con el frigorífico?

—Será mejor que te quedes aquí.

—Oh, no, Maurice, no es verdad lo que estás pensando...

—Saldremos de dudas enseguida.

Maurice salió de la habitación.

Annie corrió tras de él.

—He, dicho que te quedes, Annie.

—Ni hablar, voy contigo.

—Está bien, pero, por lo que más quieras, no grites otra vez.

Bajaron la escalera y regresaron a la cocina.

Maurice se dispuso a abrir el frigorífico.

—Espera un momento —dijo ella.

— ¿Para qué tengo que esperar?

—Quiero reponer el aire —la joven inspiró—. Ya puedes abrir.

Maurice abrió el frigorífico.

A pesar de sus precauciones, Annie lanzó un grito y luego se desmayó.
Dentro había una mujer hecha trozos.

CAPÍTULO VIII

—Vamos, muchacha, vuelve en ti.

Annie recuperó el conocimiento. Estaba tendida en un diván, en la biblioteca.

Recordó por qué se había desmayado.

—Puedes mirar a tu alrededor sin miedo, Annie.

— ¿Dónde está?

—En el mismo sitio.

—Dios mío, la hicieron pedazos...

—Sí, el asesino fue muy cuidadoso.

—No me gustan las bromas macabras.

—Perdona, pero, ¿de qué otra forma se puede tomar?

— ¿Quién es ella?

—No lo sé, pero era bonita, se ha conservado bastante bien...

— ¿Otra vez?

Maurice le alargó un vaso con whisky.

—Anda, bebe, te hace falta.

La joven bebió un largo trago.

—Eh, no tanto, te puedes emborrachar.

— ¿Y quién te dice que no quiero emborracharme?

Después, la joven hizo su siguiente pregunta:

— ¿Cuántos años tenía esa mujer?

—Le he calculado unos veintisiete o veintiocho.

— ¿Por qué la mataron?

—Por la misma razón que a Hugo. El millón de dólares.

En ese momento sonó un portazo.

Annie se abrazó al cuello de Maurice, soltando otro grito.

El hombre la apretó contra sí.

—No te preocupes, nena, no creo que haya nadie en la casa, aparte de nosotros.

—Ni siquiera tú estás seguro de eso.

—Ha sido el viento, que ha abierto la ventana de la cocina; iré a cerrarla.

—Ni hablar. No me quedo sola.

—Está bien, ven conmigo.

—No puedo ver otra vez ese frigorífico.

—Oye, ¿por qué no te tranquilizas un poco? Echa una mirada a tu alrededor, no hay nadie, solo legajos manuscritos y ese tipo del cuadro que murió hace cuatro o cinco siglos.

—Está bien, puedes ir.

Maurice la besó en la punta de la nariz y salió de la habitación.

Annie se había quedado con el vaso de whisky en la mano. Bebió más.

Debía cantar. Lo hizo en voz baja, como si tuviese miedo de despertar a alguien. Pero, ¿qué tonterías estaba pensando? ¿A quién podía despertar? Estaba sola con los papeles, los manuscritos y el hombre del cuadro.

Miró el cuadro. Sintió un estremecimiento al mirar la cara del primer conde Wooller.

Debió ser un hombre cruel, a juzgar por sus rasgos fisonómicos.

—Hola, señorita Bernard.

Annie agrandó los ojos y abrió la boca, pero ahora su garganta estaba paralizada. Le había hablado el hombre del cuadro. Estaba segura. Había salido la voz de allí.

—Ha hecho muy mal en venir a esta casa.

—¿Qué dice?

—Ya me oyó. Yo vivo solo aquí. Debió dejarme en paz, pero todavía está a tiempo de tomar una decisión. Márchese, ¿lo oye? Márchese.

—Sí... Sí, señor, ahora mismo me marcharé.

La joven echó a correr hacia la puerta, la abrió y, mientras cruzaba el vestíbulo hacia la cocina, lanzó el alarido que pugnaba por salir de sus labios.

Casi tropezó con Maurice que venía a su encuentro,

— ¿Qué te pasa?

—El hombre... Me ha hablado... Ha dicho que me marche...

—Vamos, serénate. ¿Qué hombre?

—El del cuadro.

—No estás en tu sano juicio. El hombre del cuadro no pudo hablarte.

—Te juro que lo hizo.

—Solo ha sido una visión.

—Te repito que fue él.

—Muy bien, iremos a la biblioteca.

—No, Maurice, no volveré allí.

—Quiero que te convenzas de que todo ha sido imaginación tuya.

La atrapó del brazo y la llevó a la biblioteca.

Annie miró a hurtadillas el cuadro, por encima del hombro masculino.

— ¿Qué tal, conde Wooller? —dijo Maurice.

Del cuadro no salió ninguna voz.

— ¿Lo ves, nena? Al caer desmayada te diste un golpe en la cabeza. Todavía estás mareada, esa es la explicación.

—Hay un hueco en su boca, estoy segura de ello.

—Ven aquí. Acerquémonos al cuadro.

—No iré.

—He dicho que vengas.

Tiró del brazo de Annie para, llevarla, hasta la pared, donde estaba el cuadro. Maurice arrimó una silla y subió a ella.

—Mira bien esto.

Pasó el dedo índice por la cara del conde.

— ¿Lo ves? No hay ningún hueco. No pudo hablar. ¿Qué quieres que haga para que te convenza?

—Sí, creo que tienes razón... Leí algo de eso una vez en una revista médica... Me he sugestionado, ¿verdad? —murmuró Annie con tono poco convincente.

—Seguro, nena. Hablemos de otra cosa.

—Sí, será mejor. ¿Qué vas a hacer con la mujer del frigorífico?

—Dejarla allí, naturalmente.

—Oh, no, Maurice. No puedes darle por sepultura un frigorífico.

—Es solo provisional. No podemos avisar a la policía. Armarían demasiado escándalo. Por otra parte, nosotros no somos de aquí. Estos policías de pueblo encuentran sospechosos a los desconocidos. Además, tengo la impresión de que vamos a estar muy poco tiempo solos.

— ¿Qué quieres decir?

—Que nos pisan los talones.

—Te refieres al hombre de la pierna ortopédica, a Donald Hooper.

—Sí.

—Maurice, dicen que de sabios es rectificar. ¿Por qué no nos vamos al pueblo?

—Vete tú, yo me quedo.

— ¿Quieres que haga sola el viaje al pueblo?

—No deseo moverme de aquí ahora, pueden ocurrir cosas. —Maurice manejó la pistola—. Esta arma servirá para mantenerlos a raya.

— ¿Hasta cuándo?

— ¿Por qué no intentas dormir?

La joven miró el cuadro del primer conde Wooller.

—Señor conde —dijo—. ¿No se molestará, si duermo en su casa?

El hombre del cuadro no le contestó.

Maurice rio, palmeando la mejilla de la joven.

—Nena, quedamos en que todo fueron imaginaciones tuyas.

—Sí, Maurice.

—Anda, te acompañaré al dormitorio.

—Será lo mejor. Dormir. Quizá tenga un buen sueño y me encuentre lejos de esta casa, paseando por las calles de París.

* * *

Annie estaba acostada en su cama, a solas. Fumaba un cigarrillo. Tenía la luz encendida.

En aquel silencio oía el gemido del viento.

De pronto, sonó algo fuera, como el chasquido de una rama que se quiebra.

Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta que comunicaba con la habitación de Maurice, la cual golpeó.

— ¿Qué pasa, nena?

— ¿Has oído eso? Alguien está fuera, en el jardín.

La puerta se abrió y Maurice apareció cubriéndose con un batín que había pertenecido a Hugo Copland.

— ¿Dónde tienes la pistola? —inquirió la muchacha.

—En el bolsillo —dijo Maurice, y se acercó a la ventana.

Miró el exterior atentamente, pero no descubrió nada sospechoso.

Se volvió hacia la joven, mas, antes de que pudiese hablar, ella dijo:

—Ya sé, ha sido otra imaginación mía.

—Bueno, el viento sopla muy fuerte y es el que produce esos ruidos.

Annie se apretó las sienes con una mano.

—Creo que tienes razón... Me asombro a mí misma. He perdido la serenidad.

—No te recrimines. Estás pasando por una dura experiencia, tipos, con pistola, muertos y, de regalo, la mujer del frigorífico.

—No me la recuerdes, Maurice; ya casi la había logrado olvidar.

—Está bien, me sentaré en un sillón y te haré compañía durante la noche.

—No, Maurice, no puedo consentirlo. Anda, vuelve a tu cuarto... Te aseguro que me portaré como una buena chica.

— ¿Estás segura de que no me vas a necesitar?

—Claro que lo estoy...

—Anda, acuéstate, y yo mismo apagaré la luz.

La joven se tendió en la cama.

Él se acercó al borde, mirándola a los grandes ojos.

—Eh, Maurice, no me mires así.

— ¿Cómo te miro?

—Como un hombre que va a besar a una mujer.

Maurice se agachó sobre ella y besó suavemente en los labios.

—Acertaste —dijo, y apagó la luz.

Annie sonrió en la oscuridad, cuando ya el joven había regresado a su habitación. Era un buen chico Maurice, y reunía magníficas condiciones. Era alto, fuerte, guapo y no tenía miedo a nada.

Bueno, ahora no tenía que pensar en otra cosa más que en dormir. ¿Cuál sería el mejor procedimiento para conciliar el sueño? Oh, sí, contar ovejas... Una, dos, tres... siete...

Cuando llegó a las ciento veinticinco, estaba tan despierta como al iniciar el ejercicio.

No, aquello no servía. Debía intentar otra cosa.

¿El qué?

Oh, sí, debía hacer «yoga». Una se relajaba hasta tener la sensación de que se encontraba en una nube.

Ya estaba relajada. Ahora debía abstraerse, olvidar que se encontraba en la casa de Hugo, en Stonehaven, en las Islas Británicas, en el mundo... Solo era una molécula, un microcosmos navegando por el espacio.

De pronto, oyó un gemido.

Debía haber sido el viento.

Prestó atención.

Otra vez rasgó el silencio el gemido.

No, no podía ser el viento.

Aquel gemido salía de una garganta humana. Era largo, angustiado, como el de un alma en pena.

Cielos, aquel día era sábado, y debían ser ahora las doce.

La hora en que decían que aquellos vagaban por la casa.

No, no era una suposición aldeana. Era una realidad. Ella lo estaba oyendo.

Pero no estaba sola. Con ella se encontraba Maurice en la habitación de al lado. Solo tenía que saltar de la cama, llegar hasta la puerta y llamar.

Maurice no lo habría oído porque dormía.

Por un momento creyó que el gemido venía del jardín, pero estaba dentro de la casa, en el corredor, y parecía ir acercándose poco a poco a su habitación.

Estaba como paralizada, sobrecogida por el pánico. No podía permanecer quieta en la cama. Tenía que saltar y acercarse a la habitación de Maurice.

Apartó la sábana.

Ya había movido los brazos. Ahora le llegaba el turno a las piernas.

Puso un pie en el suelo: Luego el otro. Ya estaba levantada...

Pero el gemido seguía avanzando por el corredor, y estaba muy cerca de su habitación.

Corrió hacia la puerta comunicante y la golpeó con fuerza.

— ¡Maurice! ¡Maurice!

Él no le contestó.

Entonces hizo girar el tirador y se coló en la habitación.

— ¡Maurice! —repitió.

Se acercó a la cama, tanteando en la oscuridad.

No estaba en el lecho.

Tuvo la impresión que la sangre se helaba en sus venas.
Llena de miedo buscó el conmutador de la luz.
Por fin dio con él. Encendió.
El dormitorio estaba vacío.
Sobrecogida, retrocedió hacia la pared.
— ¡Maurice! —gritó.
Luego quedó a la escucha, pero solo oyó aquel gemido.
Quien fuese, había cruzado la puerta de su habitación y se encaminaba hacia allí, donde ella estaba.
Miró el picaporte con fijeza.
Se estaba moviendo.
No, no era un efecto óptico. El tirador se movía.
Estaba segura. Quienquiera que estuviese a la otra parte, el alma en pena, no podía ser otro, iba a entrar.
Recordó a la mujer troceada, a la que habían destinado como ataúd el frigorífico.
Ella podía terminar lo mismo.
— ¡Maurice! —gritó otra vez con toda la fuerza de sus pulmones.
A lo lejos le respondió una voz muy lejana:
—Annie, ¿qué te pasa?
Maurice subía la escalera.
De pronto, el tirador volvió a su posición primitiva.
Ya no oyó el gemido.
Maurice irrumpió en la estancia.
Annie sintió que le flaqueaban las piernas y hubiese caído en el suelo de no ser porque el hombre la sujetó con sus fuertes brazos.
— ¿Qué te pasa, nena? Estás muy pálida.
—Debo estar muerta.
—No, nena, tu corazón todavía late... Anda, cuéntamelo, ¿qué fue?

— ¿Para qué te lo voy a contar? No me vas a creer.

—Haré un esfuerzo.

—Estaba despierta, no podía dormir... De pronto oí un gemido, tú también lo has debido oír.

—No.

—Alguien avanzaba por el corredor hacia mi habitación... Vine aquí no sé cómo, pero lo conseguí... Ví tu cama vacía. Te llamé varias veces. Entonces el tirador empezó a moverse, alguien iba a entrar en este dormitorio. Grité otra vez y fue cuando tú entraste. El alma en pena se marchó.

Maurice movió la cabeza.

—Te has dejado impresionar por las cosas que nos contaron acerca de la casa embrujada.

—Sabía que dirías algo parecido. Otra vez ha sido mi mente... Visiones, imaginaciones mías...

— ¿Qué quieres que te diga?

— ¿Por qué saliste de la habitación?

—Tenía sed y fui a la cocina por agua.

—Pudiste conseguirla en el baño.

—El grifo está estropeado.

De pronto, se oyó el gemido.

— ¿Lo oyes, Maurice? ¿O vas a decir que estoy loca?

—Sí, nena, también lo oigo... Viene del fondo del corredor.

Maurice apagó la luz.

— ¿Qué haces?

—A los fantasmas no les gusta la luz.

— ¿Estás bromeando?

—No, nena. Me gustaría sostener una entrevista con esa alma en pena.

—A mí, no.

—Anda, siéntate en la cama.

— ¿Es que vas a salir de aquí?

—Sí, Annie. Imagino que el alma en pena no vendrá por mí, de modo que yo iré por ella.

—Pueden matarte.

—Quizá sea yo el que mate. Tengo la pistola en la mano.

—No puedes matar a alguien que ya está muerto.

— ¿No? Ahora lo verás. Si se pone a tiro, te demostraré que estás equivocada.

Maurice se acercó a la puerta y la abrió de un tirón.

El gemido salía de la última habitación.

Tenía los pies desnudos, de modo que pudo acercarse sin hacer ruido.

Alargó la mano poco a poco para ponerla en el tirador y abrió de golpe, saltando al hueco.

Miró el interior y descubrió una sombra en un sillón, un hombre que parecía estar encapuchado. Solo podía ver los agujeros correspondientes a los ojos.

El gemido salía de debajo de la capucha.

— ¿Qué tal, alma en pena? Parece que lo pasa en grande en su noche de fiesta.

El gemido fue languideciendo poco a poco hasta acabar.

La habitación quedó sumida en un silencio.

Maurice alargó la mano y dio vuelta, al conmutador de la luz.

Sí, no se había equivocado, era un hombre y estaba cubierto por un sayal negro y una capucha.

Maurice oyó pasos en el corredor y en el hueco apareció Annie y, conforme a su costumbre, lanzó un grito.

—Aquí lo tienes, nena, el alma en pena que te asustó.

— ¿Quién es?

—Lo sabremos enseguida. Es un favor que nos va a hacer él mismo. Ande, amigo, quítese la capucha.

El hombre que estaba sentado en el sillón no se movió.

— ¿Es que no me ha oído? Por muy alma en pena que sea usted, le juro que le hago dos agujeros.

El encapuchado tampoco contestó.

—Muy bien, amigo, yo seré quien le quite la máscara, pero estese quieto o aprieto el gatillo.

Maurice se acercó al sillón donde se encontraba el misterioso personaje.

Atrapó la capucha y tiró de ella.

— ¡Es Tony Driscoll! —exclamó Annie al ver la cara del sepulturero.

De pronto, Driscoll se vino hacia adelante y se derrumbó del sillón.

La empuñadura de una daga le sobresalía en la espalda, muy cerca del cuello.

CAPÍTULO IX

— ¡Dios mío! ¡Está muerto! —exclamó Annie.

—Sin remedio —asintió.

—Pero, ¿quién lo ha matado?

Maurice vio cómo la sangre salía a borbotones de la herida.

—Lo han trinchado un poco antes de que yo entrase aquí.

—Entonces, el asesino debe estar muy cerca.

—Sí, mucho.

— ¡Aquella puerta! —exclamó Annie señalando la que había a la izquierda.

Maurice corrió hacia allí y abrió.

Vio otra estancia a oscuras. Había un hueco al fondo que comunicaba, con algo que parecía un pasadizo.

—Espera aquí, Annie.

— ¿A dónde vas?

—A por el asesino.

El hombre echó a correr antes de que la joven pudiese decir otra cosa.

Annie oyó los pasos de Maurice que se perdían a lo lejos.

Otra vez estaba sola. Bueno, con Tony Driscoll, el sepulturero de Stonehaven que acababa de ser asesinado.

—Hola, señorita Bernard,

Annie tuvo la impresión de que hablaban a su espalda y volvió la cabeza.

En el hueco de la puerta no había nadie.

—Estoy aquí, señorita Bernard.

La voz procedía de dentro de la habitación. Miró al muerto porque era él quien le hablaba... Oh, no, un muerto no podía hablar.

Al fondo, en la penumbra, había un cuadro sobre la pared. Reconoció la figura pintada. Era el primer conde de Wooller, aunque se encontraba en otra

posición, pero reconoció sus rasgos fisonómicos llenos de crueldad.

—Sí, soy yo quien le habla, señorita Bernard.

—¿Qué quiere?

—Ya ve lo que hago con la persona que turba mi paz...

Annie se dijo que debía seguir hablando con el primer conde de Wooller. Era lo mejor. También los fantasmas podrían ser entretenidos.

—¿Por qué lo ha matado, señor Wooller? ¿Quizá porque no le gusta que le hagan la competencia? Oh, perdón, no quise herir sus sentimientos.

—Tony Driscoll era un gusano. Nadie echará de menos su muerte. Pero dejemos eso ya. Pertenece al pasado... Ahora hablo con usted. Este es su juicio

—¿Mi juicio?

—Sí, señorita Bernard, porque usted es el reo.

—No quiero que me mate, señor conde.

—Merece que lo haga.

—Oh, no, soy muy joven. Y además, le obedeceré en todo lo que diga,

—Muy bien, va a depender de usted el que siga viviendo. Quiero que se marche de la casa.

—Sí, señor conde.

—Y se lleve consigo a ese estúpido que trajo como invitado.

—Sí, señor conde.

—Tienen media hora para largarse. ¿Lo oye bien?

—Sí, señor conde, pero vamos a tener bastante con quince minutos. En cuanto venga Maurice, nos marchamos... ¿Le parece bien?

—Espero que sepa cumplir su palabra... Por su bien

—Seguro, señor conde... No me verá más...

—Quiero hacerle otra advertencia. No venda esta casa. Consérvela.

—Creo que lo comprendo, debo conservarla, pero no venir nunca aquí.

—Eso es...

—Sí, señor conde, esta casa siempre será mía... La conservaré como el mejor de mis recuerdos... A partir de ahora, puede estar tranquilo, nadie le molestará... aunque espero que me permita una cosa. En París, me dejará que diga a mis amigas que tengo una casa con fantasmas... No todo el mundo lo puede decir, usted ya me entiende, especialmente, siendo verdad.

—Ya he terminado con usted, señorita Bernard.

Se oían los pasos de Maurice que regresaba.

Al entrar en la habitación, el taxista vio a Annie mirando el cuadro en la penumbra. Se rascó la patilla con el revólver.

—¿Qué? ¿Hablando con el conde Wooller?

—Sí, Maurice.

—Nena, deja las bromas para cuando hayamos salido de esta casa.

—Eso va a ocurrir ahora mismo.

—No nos iremos hasta mañana.

—Hemos de salir ahora.

—¿Por qué?

—Lo ordenó el conde —dijo Annie, señalando el cuadro.

—Con que es verdad que te habló otra vez, ¿eh?

—Sí.

Maurice se dirigió resueltamente hacia el cuadro.

—Eh, ¿qué vas a hacer?

—Ahora lo verás.

Maurice guardó la pistola en el bolsillo. Atrapó el cuadro y trató de arrancarlo, pero daba la impresión de estar pegado al muro.

—Eh, Maurice, le vas a hacer daño al fantasma...

—Quizá le retuerza el pescuezo, si se deja.

Dio un tirón más fuerte y el cuadro se desgajó de la pared, arrastrando consigo una serie de cables.

—¿Qué es eso? —exclamó Annie.

—Yo te lo explicaré, nena... Hay un micrófono y también un altavoz. El fantasma del conde Wooller puede mantener un diálogo contigo. Y si fuésemos a la biblioteca y arrancase el cuadro, encontraríamos otro dispositivo igual a este.

—Entonces, hay otra persona en la casa...

—Sí, nena, el asesino de Tony Driscoll.

— ¡Y él nos está escuchando ahora!

—No, al pegar el tirón rompí el cable del micro. En este momento, el fantasma del conde Wooller no puede saber lo que estamos hablando.

—Bastará llegar al otro extremo del hilo para dar con él.

—Eso no se puede hacer. Los hilos están metidos en el muro. Necesitaríamos una excavadora mecánica.

— ¿A dónde fuiste, Maurice?

—Por un pasadizo.

— ¿A dónde conduce?

—Fuera de la casa, al jardín. Por aquella parte, la puerta estaba abierta. Fue por donde se coló Tony.

— ¿Supones que Driscoll era un cómplice del fantasma?

—Quizá trabajase por su cuenta.

Maurice se acercó a la ventana, pensativo. Miró el jardín y creyó descubrir un haz de luz como el de una linterna.

—Apaga, nena, hay alguien ahí fuera, y esta vez no puede ser el sepulturero de Stonehaven.

La joven, corrió a la pared y dio la vuelta al conmutador.

— ¿Ves algo, Maurice?

—Sí, una sombra... Está junto a uno de esos arbustos secos... Ahora corre hacia la parte trasera de la casa, hacia la cocina.

—Entrará...

—Me aseguré de que la puerta, estaba cerrada con llave y pasado el cerrojo.

—Maurice, el teléfono...

—Sí, vi uno en la biblioteca.

—Podemos llamar a la policía

—Sí, vamos allá.

Abandonaron la habitación donde había sido muerto Tony Driscoll.

Entraron en la biblioteca y Maurice se dirigió al cuadro:

—Tengo que decirle algo, fantasma Wooller. Vamos a llamar a la policía... Usted necesita el retiro porque se hizo demasiado viejo en esta casa... Imagínese, cuatro o cinco siglos alarmando a la gente. Sí, amigo, lo desahuciamos.

—No le hables así al conde Maurice, me dan escalofríos.

Maurice rio mientras descolgaba el teléfono.

Enseguida volvió a colgar otra vez, y habló al cuadro

—No crea que me da una sorpresa, conde. Imaginé que la línea estaría cortada. Es usted un fantasma que piensa en todo.

La puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—Yo también hago lo mismo.

Era una voz de mujer.

Los dos jóvenes se volvieron hacia el hueco y vieron allí a una hermosa pelirroja que sostenía una enorme pistola con la diestra. Se cubría con jersey y falda negra, todo muy ceñido para que se pudiesen admirar las sugestivas curvas.

—Eh, ¿quién es usted, amiga? —dijo Maurice—. Si busca la estación de Picadilly, este no es el camino. Salga fuera y siga hacia el acantilado, conforme se va al pueblo.

—Solo le falta decir que, cuando llegue a lo alto del acantilado, me arroje de cabeza.

—No estaría mal pensado, ¿verdad? Así llegaría más pronto.

—Deje de decir tonterías, Maurice.

—Bueno, aquí todo el mundo me conoce, aunque es la primera vez que piso las Islas Británicas.

—Será la primera y la última.

Se oyeron pasos por el corredor y la pelirroja ladeó ligeramente la cabeza para hacerse oír:

—Los atrapé, Donald.

Apareció en el hueco un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, rollizo, casi calvo. Pasó junto a la pelirroja y entró en la habitación. Cojeaba un poco.

—Debe tener una pierna ortopédica, señor Hooper —dijo Maurice.

Donald dio un suspiro.

—Me costó un poco de trabajo acostumbrarme al principio, pero han pasado unos cuantos años, y casi no echo de menos la que me cortaron.

—Imagino que ya conoce a la señorita Bernard.

—Sí, la conozco bien, y también a usted.

—¿Quiere decirme cómo entraron en la casa?

—Violentando una de las ventanas.

—Perfecto, Hooper.

—Señorita Bernard, debió atender la oferta de mi representante, el señor Cardelec. Hoy estaría en París disfrutando de setenta y cinco mil francos en compañía de este, «gigoló».

—Eh, amigo, no soy un «gigoló», sino un taxista.

—Disculpe si lo he molestado.

—No hay de qué, maldito.

—Cuidado, señor Haas. Otro insulto como ese y ordeno a Hidelgarde que le meta una bala entre los dientes.

—Hidelgarde — repitió Maurice—. Qué nombre tan hermoso. Y le cuadra bien para sus largas piernas y todo demás que posee.

La pelirroja sonrió.

—Eh, Donald, el muy bastardo me está requebrando.

—Puede hacerlo. Después de todo, le queda muy poco tiempo de estar en el mundo.

— ¿Por qué tienen interés en matarme?

—Porque quiere lo mismo que nosotros.

— ¿Qué es lo que quiero?

—No se haga el, tonto. Al igual que nosotros va detrás de un millón de dólares.

—Oiga, señor Hooper, lo ignoramos todo acerca de ese dinero. ¿Por qué no nos cuenta algo?

—Es la historia de un canalla, de un hombre llamado Hugo Copland.

— ¿Qué pasó con él?

—Fue durante la guerra en Rumania.

—Hugo y Jake Mac Levy fueron encargados de realizar un servicio de emergencia en dicha nación. Sabemos eso, pero ignoramos de qué clase de trabajo se trató.

—Yo se lo diré, amigos. Copland y Mac Levy tenían que recoger a dos patriotas rumanos. Esas dos personas llevaban consigo un millón de dólares... Formaban parte de un grupo de ocho que habían asaltado el Banco Nacional de Bucarest. Seis murieron durante el asalto solo quedaron dos supervivientes. Habían logrado sacar del Banco un millón de dólares, divisas que necesitaba el Gobierno satélite rumano para pagar su canon a Hitler.

— ¿Quiénes eran esos dos patriotas rumanos?

—Usted los ha conocido con nombres ingleses.

—Imagino ya lo demás. Usted era uno de ellos.

—Correcto, señor Haas.

—Y el otro, Geoffrey Drake.

—Mi enhorabuena.

— ¿Qué pasó en el valle donde los esperaban a ustedes Mac Levy y Copland?

—Nos reunimos con ellos, tal como había sido acordado con el Servicio de Inteligencia Británico... Usted ya puede imaginar lo que pasa cuando cuatro hombres se reúnen llevando consigo una gran cantidad de dinero. Todos teníamos nuestros propios pensamientos con respecto al destino de este, pero al fin, uno de nosotros rompió el silencio. Fue Hugo quien expuso el primero su pensamiento: Que podíamos quedarnos con el millón y hacer cuatro partes, una para cada uno.

—No estaba mal. Doscientos cincuenta mil dólares por cabeza, representaba toda una fortuna...

—El plan de Copland era que los cuatro, viajásemos en el avión. Aterrizaríamos en un país neutral, y luego, cada cual se marcharía por separado con su parte del dinero.

—Pero no se llevó a efecto el plan porque Hugo regresó a las Islas.

—Hizo una cosa muy fea. Transportamos el dinero al avión. Jake y Hugo estaban dentro. Nosotros todavía no habíamos llegado a embarcar cuando el aparato se puso en marcha. Tenía que haber visto a Georghiu, alias Geoffrey Drake, y a mí corriendo detrás del aparato, gritando que se detuviesen, que nos esperasen, pero aquellos dos bastardos no pararon el avión. Remontaron el vuelo llevándose consigo el millón de dólares.

»Los alemanes nos habían seguido, no podíamos quedarnos allí. Georghiu y yo estábamos metidos en la ratonera. Tuvimos que echar a correr para salvar nuestras vidas... Nos sorprendieron unas millas más allá del valle... Los dos logramos salir con vida, cada uno por un camino, pero yo estaba herido, en una pierna... Me recogió un aldeano, un campesino, pero no me pudo ayudar mucho. La pierna se me gangrenó... Pedí al campesino que me entregase a los alemanes. Por fortuna, caí en manos de personas que ignoraban que había tomado parte en el asalto al Banco de Bucarest. Me llevaron al hospital y me cortaron la pierna, pero tenía que huir de allí... Temía que pudiese ser descubierta mi identidad... En fin, logré fugarme y pasé una odisea. Tuve que ejercer muchos oficios... Hasta pedí limosna de pueblo en pueblo... Solo quería una cosa. Dar un día con Hugo y Jake para ajustarles las cuentas... Eso era lo único que me impulsaba a seguir viviendo.

— ¿Qué fue de Georghiu?

—Cayó en manos de los rusos y lo internaron en un campo de concentración.

—Supongo lo demás. Al término de la guerra, ustedes se pusieron a buscar a Hugo y Jake.

—Georghiu permaneció cerca de quince años en Rusia, y yo, con mi pierna cortada, no estaba en condiciones de hacer mucho. Me establecí en Berlín Oeste y allí empecé a ganar algún dinero en el mercado negro. Abrí un par de clubs nocturnos... Me iba bien la cosa.

—Pudo conformarse con eso.

—Sí, quizá lo habría hecho, pero un día apareció en mi club un hombre...

—Georghiu.

—Sí, lo reconocí al momento, a pesar del tiempo transcurrido... Dijo que iba a matarme.

— ¿Por qué?

—El muy estúpido creyó que yo había montado aquellos clubs con el dinero que había logrado sacar a Hugo. Le dije que estaba equivocado, que no había visto más a este. Georghiu había estado quince años prisionero pensando en el dinero y en que podía haber hecho el viaje a un país neutral con el cuarto de millón que le correspondía... Había sido atrapado por los rusos por culpa de Hugo Copland y Jake Mac Levy. Le dije una y mil veces que no sabía nada, y que yo también estaba dispuesto a coger por el cuello a Hugo para darle lo que se merecía. Le propuse que trabajásemos juntos, pero él no quiso aceptar. Dijo que lo haría solo y que no consentiría que nadie se cruzase en su caminó, que mataría a todos, incluso a mí mismo. Todo el dinero, o lo que quedase de este, sería para él.

— ¿Fue así cómo se separaron?

—Sí, enemigos.

— ¿Por qué no se estuvo usted quieto?

—La aparición de Georghiu hizo despertar en mí aquellos, amargos recuerdos. Sentí otra vez hervir la sangre en mis venas... Ya estaba en condiciones de poder buscar a aquellos dos hijos de perra que me la habían jugado. Tenía dinero y, al propio tiempo, mi pierna me funcionaba bien... Fue entonces cuando me puse en marcha.

—Georghiu o usted dieron al fin con el paradero de Hugo, y el que fuese introdujo aquí un cómplice para preparar su muerte. Para eso estropeó los frenos del automóvil.

—Yo no fui. Debió ser cosa de Georghiu.

—Cualquiera de ustedes lo pudo hacer porque ambos llegaron a idéntica conclusión. La de que Hugo había escondido aquí el dinero.

—Hay un fallo —intervino Annie—. Lo lógico habría sido, que ese cómplice intentase hacer hablar a Hugo.

—Sí, Annie. Estábamos pensando los dos lo mismo, lo cual solo quiere decir una cosa. Que Hugo Copland está vivo. El hombre que encontraron en el automóvil era el cómplice que se había introducido en esta casa. Hugo lo preparó así para que lo dejaran en paz, y te nombró a ti su heredera, con la idea de que nunca te acercarías por la casa. Había montado, una serie de artilugios, por si a alguien se le ocurría venir por aquí.

—Pero, ¿por qué no se gastó el millón de dólares en otra parte?

—Solo existe una explicación, que Hugo está loco.

De repente, un trozo de la pared se movió y apareció un hombre con una metralleta entre las manos.

— ¡Hugo! —exclamó Annie.

Había reconocido a su hermanastro, a pesar de que la última vez que lo había visto fue muchos años atrás, cuando era una niña.

—Les felicito a todos —dijo sonriendo, con los ojos muy brillantes— Sabía que un día, tarde o temprano, esto tendría que ocurrir, que habría de matar a mucha gente, y ese momento ya ha llegado...

—Eh, espere —dijo Maurice—. No nos incluirá a nosotros en el lote, a Annie y a mí. Ella es su hermanastra.

—Annie será la única que no morirá, pero no hay perdón para los demás.

—Eh, oiga, yo soy taxista en París...

—Usted va a ser taxista en el infierno.

—Hugo —dijo Annie—. Te prohíbo que mates a nadie.

—Calla la boca.

El rumano, alias Donald Hooper, hizo rechinar los dientes.

—Puerco. Ya me la jugaste una vez...

—Debiste conformarte y quedarte en Berlín con tu negocio... ¿Por qué me buscaste? Este dinero es mío, solo mío... ¿Lo oyes?

— ¿Por qué nos dejaste a Georghiu y a mí en aquel valle, cuando los alemanes nos pisaban los talones?

—Lo importante es que salisteis con vida. Debisteis conformaros con eso.

— ¿Por qué debíamos conformarnos, si teníamos derecho a una parte del millón?

—Nadie tenía derecho a ese dinero. Solo me pertenecía a mí porque todos erais unos cobardes. Tú, Jake, Georghiu...

— ¿Qué hiciste con Jake?

Maurice intervino:

—Puedo contestar a eso. Copland lo mató aprovechando aquel bombardeo, y dejó su cadáver entre los escombros.

Hugo esbozó una sonrisa.

—Y decías antes que tenía que dejarte con vida... Tú también vas a morir.

—Mataste a Frank Allen.

—Era un asqueroso chantajista. Jake le había contado la historia de Rumania. Frank no me pidió el dinero de una sola vez, prefería cobrarlo poco a poco. Yo tenía que pagar todos sus vicios... Pero hace cosa de un mes recibí una llamada de una mujer. Dijo estar al corriente de lo que ocurrió allí, y que me pasaría la factura dentro de muy poco. Me dejó su número de teléfono para que me pusiese en contacto con ella. Pensé que era otra faena de Frank Allen. El muy estúpido, en una de sus borracheras, quizá había abierto la boca. Fui a verlo...

—Y los dos se dejaron caer por el restaurante «Byrd».

—Sí, Haas, así fue. Pero, después de hablar con Frank, me di cuenta de que aquel estúpido no estaba en combinación, con la mujer. Entonces marqué el número que ella me había dado. Le dije que quería hablarle, pero se negó

concederme una entrevista. Me pidió que esperase una semana y que el al cabo de ella llamase a otro número.

—Qué apuntó en la cabina para que no se le olvidase.

—Así fue, taxista.

—¿Volviste a llamar?

—No. Fue entonces cuando decidí poner en práctica mi plan.

—El de tu muerte.

—Necesitaba a alguien para que ocupase mi lugar.

—¿Y dónde lo encontraste?

—Es difícil que alguien pase por aquí. Tampoco podía atrapar a ninguno del pueblo, pero tuve suerte con una pareja de recién casados.

Annie dio un grito de horror.

—¡La mujer del frigorífico era la novia!

Maurice asintió:

—Sí, nena, a ella la convirtió en pedazos y a él lo metió en su automóvil y lo arrojó por el acantilado. Ya te dije que estaba loco.

—¡No digas eso, taxista! —rugió Hugo Copland.

—¿Es que no te diste cuenta de tu ingenuidad? ¿Creíste que con esas muertes y con dejar por herencia tu casa a Annie lo tendrías todo arreglado? No, los dos rumanos no se conformarían con eso. Ambos tenían metido en la cabeza que el dinero estaba en alguna parte. Debiste suponer que no dejarían en paz a Annie, y que se atreverían a todo... Aquí tienes la comprobación, los dos continuaron su camino, el que conducía a esta casa, Sí, Hugo, has quedado prendido en tu propia red. Todo lo que hiciste fue inútil. Tus asesinatos, tu plan maquiavélico para apoderarte del millón, y tú retiro voluntario. Te pusiste a matar, y ya no te detuviste ante nada. Hasta liquidaste a tu cómplice, a Tony Driscoll.

—Era un retrasado mental. Le dije que se estuviese quieto, que lo dejase todo en mis manos. Siempre me estaba acosando con preguntas. Quería saber dónde estaba el dinero.

—Antes de que te apoderases del millón de dólares eras un hombre jovial; después te volviste hosco con todo el mundo. Dicen que el dinero da

la felicidad, pero no ocurrió eso contigo. Poco a poco perdiste el juicio.

— ¡No, maldito! ¡No estoy loco! ¡Juro que no!

Donald Hooper saltó sobre Hugo.

Pero el ex piloto de la R.A.F. apretó el gatillo de la metralleta.

Hooper fue segado en dos.

Maurice ya estaba por el aire. Atrapó por el cuello a Hugo y se lo llevó consigo.

Copland se golpeó la cabeza contra la pared y lanzó un gemido.

La metralleta resbaló de sus manos y hundió la barbilla en el pecho. Luego se venció hacia un lado y quedó boca arriba.

Maurice se puso de rodillas.

Se dio cuenta enseguida de que Hugo se había desnucado. Pero todavía respiraba.

—Hugo, ¿dónde está el dinero?

—Tumba del primer conde Wooller... Perdón...

Luego dejó escapar el aire por entre los dientes y expiró.

* * *

—Y pensar que me he perdido esa gran aventura... —dijo Margot con un gesto cómico.

—No interrumpas a Annie —repuso Françoise—. Anda, dime, ¿cómo acabó todo?

—Llegó la policía y, poco después, un representante del Gobierno de Su Majestad. No pudimos quedarnos con el dinero, aunque desde luego, nos garantizaron el diez por ciento.

— ¿A quién irá a parar el resto?

—El Gobierno rumano ha iniciado gestiones para que le sea rembolsado.

— ¿Y la pelirroja Hidelgarde?

—Cuando nos vinimos a dar cuenta, había desaparecido. Vio que no tenía nada que hacer, que su amigo Hooper estaba muerto...

Sonó el timbre de la puerta y Margot acudió a abrir.

Lanzó un silbido al ver a Maurice.

—Hola, muchachas.

— ¿Vienes a recoger tu diez, por ciento?

—Todavía no cobramos ninguno de los dos, pero vengo a hacerle una proposición a Annie.

La joven enarcó las cejas.

— ¿Cuál, Maurice?

Sacó unos papeles del bolsillo.

—Aquí hay unos documentos que debes firmar.

—No me digas que quieres comprarme la casa por los diez mil dólares que te corresponden;

—Se trata de los papeles que necesitamos para casarnos.

— ¿Tú casarte? ¿No le tenías tanta aversión al matrimonio?

—Nena, contigo va a ser distinto, estoy seguro.

Atrapó por los brazos a Annie, dio un tirón de ella hacia arriba y la besó en la boca.

Françoise y Margot contemplaban arrobadas la escena.

En aquel momento entró un hombre:

—Mi nombre es Ralph Goney. ¿Quién de ustedes es Annie Bernard? Quiero hacerle una oferta para comprar su casa de Stonehaven,

Annie y Maurice separaron sus bocas y dijeron a una al recién llegado:

— ¡Suya es, amigo!

Luego, continuaron besándose.

FIN



LA MUERTE ANDA DE NOCHE

por Burlón Hare

Tuve que apoyarme en la pared porque mis piernas no estaban muy seguras. ¡Maldito whisky!

Tras unos instantes, me acerqué otra vez a los dos cuerpos. La mujer estaba muerta sin duda alguna. Era una puñalada de profesional la que había recibido. Seguramente le había partido el corazón por la mitad.

El aspecto de ella era agradable, incluso muerta. Vestía con gusto y tenía unas formas pronunciadas y atractivas. No pasaría de los veinticinco años.

El hombre era achaparrado, corpulento. Estaba caído sobre las piernas de su víctima. Lo agarré por los cabellos para verle la cara y sentí que se me erizaba el pelo. La cabeza pareció quedar en mi mano, extrañamente libre.

Tardé unos instantes en comprender aquello. Y cuando lo comprendí estuve a punto de caer de espaldas.

Porque el tipo también estaba muerto.

Sí. Y no solo él, sino que también lo estarían otros muchos, porque

LA MUERTE ANDA DE NOCHE

¡y ahora buscaba una nueva presa!

LA MUERTE ANDA DE NOCHE

es otra gran novela de BURTON HARE que
aparecerá en el próximo número

LOS GANGSTERS

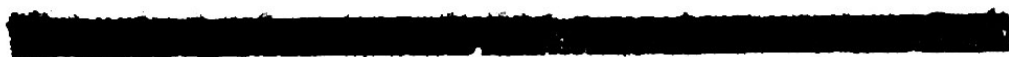


ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible, Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama atreccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS





GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain